

¿QUIEN COMPRA UN PLANETA?

Clark Carrados

CIENCIA FICCION

QUIÉN COMPRA UN PLANETA

Título Original: *¿Quién Compra Un Planeta?*

Colección: La Conquista Del Espacio 591
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.64

CAPÍTULO I

Se detuvo ante la puerta y contempló durante unos instantes el brillante rótulo de metal, que parecía suspendido a medio centímetro de la madera de roble. Con una uña puntiaguda, pintada de color oro, golpeó levemente el rótulo. La respuesta fue una deliciosa nota musical que permaneció suspendida unos instantes en la atmósfera, antes de extinguirse en el lujoso corredor del edificio.

—Oro vitrificado —dijo la joven.

Las letras del rótulo, en nobles caracteres, decían:

A. R. POTTER
Agente de Ventas
(Compro y Vendo Todo)

Una ligera sonrisa lució en los bien pintados labios de la joven. Al cabo de unos instantes, presionó el timbre de llamada. En el acto, una invisible cámara de gran angular enfocó toda su figura.

A. R. Potter, en su elegante despacho, estudió la atractiva silueta de la visitante. Pelo rubio, pajizo, agradablemente contrastante con los ojos oscuros, pecho breve y firme, cintura de avispa, caderas de ánfora y largas y bien torneadas piernas. La indumentaria consistía en una especie de casaca azul, sin mangas, prolongada en unos pantalones del mismo tejido, zapatos a juego, de medio tacón y bolso que pendía del hombro izquierdo.

Potter pasó la mano por encima de la célula fotoeléctrica instalada en su mesa. La puerta se abrió en el acto. Ella entró con paso elástico, largo, de tigresa, calificó a Potter mentalmente, mientras se ponía en pie.

—Señora… —saludó cortésmente

Ella se detuvo a dos pasos de la mesa.

—Soy Paula Mardon —se presentó—. Usted es A. R. Potter.

—Para servirla. Tome asiento, se lo ruego. ¿Desea beber algo? ¿Té, café, jerez, whisky…?

—Nada, gracias. Señor Potter, ¿le escandaliza que una persona fume a finales del siglo XXIX?

—Por mi profesión, estoy habituado a manías y rarezas de toda clase. Con franqueza, a veces, yo también me fumo un buen cigarro.

—Gracias.

Paula abrió el bolso, sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios. Dos segundos más tarde, el cigarrillo se encendió espontáneamente y aspiró la primera bocanada.

—Señor Potter —dijo al cabo—, usted es agente de ventas…

—Con licencia total. Es decir, puedo comprar y vender cualquier cosa que se desee comprar y vender en cualquier lugar de la Galaxia, siempre que la cosa objeto de la operación esté dentro de las leyes de comercio interestelar.

—Creo que esas leyes son muy magnánimas. Incluso, aunque no se diga públicamente, hoy día es posible comprar y vender personas.

—Quienes toman parte en tales operaciones carecen de ética y se exponen a gravísimas sentencias. Sin ánimo de elogiarme, le diré que jamás he intervenido en nada semejante.

—Le llaman el «Sagaz» Potter —sonrió Paula.

—Pero nunca daré ocasión para que me llamen el «Tramposo», el «Embaucador», el «Sinvergüenza» o algo por el estilo. Al calificativo de sagaz, debiera añadir el de honrado. Irreductiblemente honrado, señora Mardon.

—Todavía soy soltera —declaró ella—. Bien, señor Potter, en tal caso, vengo a encargarle la venta de algo que me interesa deshacerme. Si nos llegamos a un acuerdo, mañana le enviaría los documentos, a fin de que pueda actuar en mi nombre con plena legalidad.

—Perfectamente, señorita Mardon. Y, dígame, ¿qué es lo que desea vender?

—Un planeta.

* * *

Potter carraspeó. Luego, con una risita de conejo, dijo:

—En vista de las circunstancias, creo que será mejor que me tome una copa de jerez. ¡Jerez! —añadió en voz alta.

Segundos más tarde, un robot penetró en la estancia, portando una bandeja, en la que se veía una copa alta que contenía un líquido amarillo, intensamente perfumado. Potter tomó la copa y ordenó:

—Retírate.

Ei robot se retiró en silencio. Las cejas de Paula se arquearon.

—¿Es mudo su robot?

—Es de tipo primario, capaz de obedecer órdenes digamos rutinarias. Nunca me gustó que hubiese otro cerebro en mi casa, aunque fuese el de un robot C.P. Supongo que sabe lo que significa C.P.

—«Cuasipersona» —sonrió ella.

—Exacto. Me basta que haga el trabajo de un sirviente normal. No me interesa que piense o haga cálculos por mí. Para mis cálculos, tengo papel, lápiz… y, en algunos casos, una pequeña computadora, pero eso es todo —explicó Potter—. Sin embargo, creo que había dicho algo sobre vender un planeta.

—Exactamente. ¿Es una operación ilegal?

—Si le pertenece legítimamente y puede demostrarlo de forma concluyente, será una operación legal. Lo que sucede es que no se suelen vender ni comprar los planetas como si fuesen casas de recreo.

—Muy cierto, pero el planeta me pertenece y, en efecto, puedo probarlo.

—La creo, señorita. ¿Tiene la bondad de explicarme algunas de las características de ese planeta?

—Con mucho gusto —accedió Paula—. El nombre es Mardonia y proviene del apellido de su descubridor, John Philip Mardon, mi tatarabuelo. Mi antepasado hizo la demanda de propiedad en término y plazos legales, le fue aceptada y, desde entonces, el planeta ha pertenecido a la familia sin interrupción alguna.

»Mardonia —siguió la joven—, tiene unas dimensiones similares a las de la Tierra, atmósfera respirable, agua dulce y salada suficiente, continentes, montañas, ríos… En fin, casi como la Tierra, repito, con algunas variantes en los seres vivos y en los vegetales que no son nocivas en modo alguno.

—Por lo que estoy oyendo, se trata de un planeta virgen o poco menos —observó Potter.

—En efecto. Actualmente está deshabitado, pero ello no obsta para que siga siendo mío. Es de suponer que haya grandes riquezas en el

subsuelo, minerales valiosos y demás, sin contar con las enormes extensiones de tierra cultivable, pero todo eso, sinceramente, no me interesa en absoluto. No quiero a Mardonia para nada.

—Muy bien. ¿Puedo saber en qué región se encuentra?

—Pertenece al Octavo Sistema de Altair, a novecientos veinte años luz de la Tierra. Kjegstrom es el planeta capital del sistema, escasamente poblado y, aunque sus habitantes han alcanzado un aceptable grado de civilización, no se interesan en absoluto por otros mundos de su sistema. Es más, si se desea, se pueden comprar en Kjegstrom grandes extensiones de terreno por un precio irrisorio.

—Está un poco alejado de la Tierra, en efecto —dijo Potter—. Y eso puede constituir un obstáculo para la venta. Pero, en fin, no cuesta nada intentar la operación. Como dije antes —recordó sonriendo—, no todos los días se pone un planeta en venta… ¿por qué precio base?

—Doscientos millones de «ugams», usted sabe, *Unidades Galácticas de Moneda*. No es demasiado caro, me parece.

—Todo depende del comprador. Pero debo saber también cuánto puedo rebajar, si encontrase un cliente.

—Bueno… —Paula remoloneó un poco—. Por menos de Ciento cuarenta, no aceptaré el trato. A usted, imagino, tampoco le convendría demasiado rebajar la cifra inicial.

—Por supuesto —admitió Potter.

—En tal caso, le encomiendo la operación y mañana le enviaré la documentación pertinente, con un amplio informe sobre Mardonia. Por cierto, ¿cuáles serán sus honorarios, señor Potter?

—Depende del caso que se me encomienda. En el presente, un dos por ciento estimo que es una cifra aceptable, tanto para el cliente como para el agente.

Paula se puso en pie y extendió su mano.

—Encantada de saludarle, señor Potter —se despidió.

Potter terminó el jerez al quedarse solo.

Le agradaba la operación. Ya tenía cierta fama, pero si conseguía vender Mardonia, su reputación se acrecentaría considerablemente. Y ello sin contar con los beneficios económicos que le reportaría la operación. Aunque vendiese, estimaba, a ciento setenta millones, el dos por ciento representaba nada menos que tres millones cuatrocientos mil U.G.M., las «ugams» del lenguaje popular.

»Para celebrarlo con una buena fiesta», se dijo.

Si conseguía vender el planeta, claro, porque Potter no era

aficionado a celebrar victorias, cuando aún no había iniciado la lucha.

Sin embargo, para celebrar aquella fiesta, debería vender el planeta y, por tanto, lo primero que debía hacer era encontrar un cliente.

El cliente, naturalmente, debía sentir interés por convertirse en dueño de un planeta tan grande como la Tierra y perfectamente habitable. A decir verdad, los doscientos millones que pedía Paula eran lo que podía considerarse un «precio tirado».

Pocas semanas antes, había leído un estudio serio sobre el valor actual de la Tierra. Según los expertos, el tercer planeta del Sistema Solar tenía un precio que se expresaba por la cifra seis, seguida de treinta y ocho ceros, es decir, seiscientos cuatrillones de «ugams». Doscientos millones por un planeta análogo y, además virgen, era irrisorio.

De pronto se echó a reír.

¿Tendré que salir a vender como lo hacían en los tiempos antiguos?, se preguntó. Y levantó la voz, al mismo tiempo que se ponía las manos en la boca, a modo de bocina:

—¿Quién compra un planeta? —preguntó.

* * *

Pero aquella misma noche, se llevó una desagradable sorpresa.

Todos sus sueños se esfumaron al ver el rostro de Paula en la pantalla de su videófono:

—Señor Potter —dijo la joven—, lamento mucho tener que darle una mala noticia para usted, aunque sea buena para mí. Ya he vendido Mardonia.

Potter se quedó sin habla.

—Señorita…

—Lo siento muchísimo. La ocasión surgió a poco de llegar al hotel en que me hospedo. Además, me ofrecieron un veinte por ciento más de la cifra que había mencionado originariamente. Comprenderá que no podía desaprovechar la ocasión.

—Es lógico —convino él.

—De todos modos, celebro haberle conocido. Y naturalmente, no quiero que un día pueda usted quejarse de la pérdida de tiempo que le he ocasionado.

—No me quejo…

Paula situó un papel delante de su videófono.

—Grábelo y envíe la grabación a su Banco. Le pagarán el importe de este cheque, que considero como unos honorarios adecuados por las atenciones que ha tenido conmigo.

«Cinco mil U.G.M.», leyó Potter en silencio. No estaba mal, para treinta minutos escasos con un cliente.

—Mil gracias, señorita —dijo, a la vez que hacía lo que le indicaban.

—Repito, ha sido un placer —se despidió Paula.

La imagen perduró todavía unos segundos en la pantalla. Repentinamente, alguien se movió al fondo de la estancia en la que se encontraba ella.

Era un hombre alto, corpulento, de pelo rizado color de fuego y rostro cubierto equitativamente de pecas y cicatrices. Potter lo conocía muy bien y no era el único.

Perplejo, se preguntó qué diablos podría hacer Tom Jenks en la habitación de Paula. Jenks era un competidor, aunque tenía una reputación pésima. Algunos, en voz baja, hablaban de más de un asesinato cometido por aquel colega que, si la ocasión era propicia y el negocio rentable, no dudaba en vender personas de cualquier edad y sexo.

—Esto no me gusta —mascculló.

Pero Paula parecía una joven dueña de sí y muy capaz de arreglárselas sin necesidad de consejos ajenos. Si había querido encargar a Jenks de la venta, era cuenta suya y no debía preocuparse más del asunto.

Y no se preocupó, efectivamente, a partir de aquel momento.

CAPÍTULO II

Un año más tarde, cierta dama, con grandes atractivos físicos y hacia la cual sentía Potter una viva inclinación, le invitó a cenar en su casa.

Potter accedió de inmediato. A fin de cuentas, no tenía compromisos, contaba treinta y cuatro años temporales, que representaban apenas veintidós físicos y Elsa Sussex, aparte de ligeramente más joven que él, era dueña de una inmensa fortuna.

Elsa le recibió a solas en una lujosa mansión. Vestía un traje que quería remedar un antiguo pantalón de peto, del siglo XX, sólo que las perneras parecían pintadas sobre sus extremidades inferiores y los tirantes eran dos delgadas bandas de tela, no más de cinco centímetros de anchura. El tejido, sin embargo, era de hilo de oro puro.

Después de unas cuantas efusiones, incluidos un par de mordiscos cariñosos, anticipo de lo que podía venir más tarde. Elsa le hizo pasar al comedor.

—Hoy he preparado la cena yo misma —dijo, orgullosa de sus habilidades—. No quise encargarle al dispensador de alimentos ni utilicé los distintos programas de mi robot cocinero. Yo misma lo hice todo.

—Magnífico —elogió Potter, aunque un oscuro instinto le hacía temblar por su estómago, pensando, en la nula capacidad de su bella anfitriona para arrimar siquiera una cafetera al fuego—. Será un menú exquisito, no me cabe la menor duda.

Por fortuna, aún el siglo XXIX continuaba existiendo el viejo remedio del bicarbonato sódico, se dijo, mientras pasaban al comedor.

La mesa estaba puesta con gusto singular: mantel de hilo auténtico, candelabros de plata, con las velas encendidas, el champaña en un cubo… y sólo dos platos sobre la mesa, cada uno de los cuales contenía algo que parecía fibras verdes, sobre un poco de jugo del mismo color.

Potter sintió que se le contraía el estómago inmediatamente.

—¿Qué es eso? —exclamó por instinto. De pronto, se echó a reír—. Ah, es un aperitivo de tu invención…

—Oh, no, en absoluto. Es el plato fuerte del menú, el único plato, a decir verdad.

El joven volvió los ojos hacia Elsa. No parece haber enloquecido de repente, pensó. Pero sabía que era una mujer con gran sentido del humor y se dijo que tal vez quería gastarle una pequeña broma.

—Je, el plato fuerte…

—Así es, querido. Siéntate, por favor.

—Tú primero, no faltaría más.

Potter puso las manos en el respaldo de la silla y ocupó la suya a continuación. Tenía a su derecha un tenedor de oro y contempló a Elsa, que ya había tomado algunas fibras de su plato.

En los ojos de la joven había una expresión de gran satisfacción.

—Maravilloso —exclamó—. Acabo de tomarme un «consomé» de ave.

—¡Elsa! —se enfadó Potter.

—Pero si estoy diciéndote la verdad… Oh, perdona, casi lo había olvidado. Lo que hay en los platos es «psicom».

—«Psicom» —repitió él, con la boca abierta, sin dar muestras de querer probar lo que tenía ante sí.

—En efecto o, si lo prefieres, comida psicológica, de donde viene la contracción «psicom». En pocas palabras, al comer, estas hierbas saben a lo que tú desees. Si le apetece pollo asado, comerás pollo asado: si prefieres salmón, comerás salmón; si gustas de platos sencillos, puedes saborear unos huevos con tocino o unas salchichas con patatas fritas… Mi cena de esta noche —siguió Elsa, muy seria—, consistirá en consomé, lenguado a la venusina, dados de carne asada, jugo de naranja y helado de piña. Tú puedes elegir el menú según tus preferencias, naturalmente.

Potter contempló horrorizado a la hermosa dama que tenía ante sí. Elsa, sin darse cuenta de la expresión de su invitado, tomó con el tenedor unas cuantas hierbas y, después de masticarlas delicadamente, puso los ojos en blanco.

—Exquisito el lenguado a la venusiana, realmente exquisito —alabó —. Pero, además, según tengo entendido, y mis informes provienen de fuentes absolutamente seguras, la hierba «psicom» alarga la existencia en un mínimo de cincuenta por ciento…

—¡Basta!

No fue una exclamación, sino un rugido. Potter había tirado la servilleta sobre la mesa y estaba en pie, con los ojos despidiendo chispas de indignación.

—Pero, cariño, ¿qué te sucede? —preguntó Elsa mimosamente—. ¿He dicho algo que no te agrade?

—Has dicho una serie de cosas absolutamente estúpidas —tronó él. Señaló el plato—. No sé si es que quieres iniciar una nueva dieta, pero, aunque sea cierto lo de la hierba «psicom», jamás comería algo a lo que le pudiera dar el gusto con la mente. Me agradan los alimentos naturales, aunque solo se trate de un pedazo de pan y una manzana, ¿comprendes?

—Oh, no te enojes…

Pero Potter ya no le hacía el menor caso. Lanzando sapos y culebras por la boca, había abandonado el comedor y se dirigía velozmente hacia el vestíbulo.

El portazo que dio al salir hizo retemblar la casa.

—¡«Psicom»! —barbotó, mientras se alejaba a grandes zancadas—. Está loca, loca de remate…

* * *

Aunque tenía aeromóvil, propulsor individual y hasta plataforma volante para pequeños desplazamientos, Potter era un hombre al que no le gustaba que se enmohecieran sus músculos. De la residencia de Elsa a su casa había seis kilómetros y, puesto que había hecho el viaje a pie, no le quedaba otro remedio que regresar caminando. Así, pensó, se le pasaría el mal humor que le había causado la inconcebible actitud de su anfitriona.

El fresco de la noche le relajó poco a poco. Un cuarto de hora más tarde, empezaba ya a olvidar lo sucedido. Cuando tenía su casa a la vista, había recobrado la tranquilidad completamente.

No vería más a Elsa, por supuesto. En modo alguno quería complicarse con una mujer aficionada a comidas estrambóticas y raros brebajes. No, en absoluto, se propuso firmemente.

Entonces fue cuando vio a la mujer que se acercaba, tambaleándose penosamente.

—Se te fue la mano con la botella —dijo.

Ella vestía con harapos y su pelo caía suelto y en greñas a ambos

lados de una cara que evidenciaba alguna rara enfermedad. El seno izquierdo quedaba al descubierto por un rasgón de lo que en algún tiempo había sido vestido, pero a ella no parecía importarle en absoluto.

Repentinamente, la mujer se desplomó hacia adelante. Por suerte para ella, se encontró con los fuertes brazos de Potter.

—Señora…

Ella emitió un ronquido ininteligible. Bruscamente, Potter sintió un estremecimiento.

—Dios mío, si es…

Sosteniéndola con la mano, apartó con la otra los sucios cabellos que ocultaban en parte su rostro. Sentíase incapaz de comprender por qué Paula Mardon había llegado a semejante situación de ruina absoluta.

Paula parecía inconsciente. Rehaciéndose, Potter la alzó en brazos y se encaminó hacia su casa. Momentos después, la depositaba sobre un diván. La dispensadora de alimentos le proporcionó una taza de café, cuyo contenido dio a beber a la joven a pequeños sorbos.

Ella abrió los ojos un instante y trató de sonreír.

—Menos mal… He acertado —susurró.

Y luego, de súbito, perdió el conocimiento.

Potter empezó a preocuparse por la muchacha. Tomó su pulso y halló que el corazón respondía satisfactoriamente, aunque sin demasiada fuerza. La respiración era normal y no parecía tener fiebre.

Estudió su rostro, bastante demacrado y muy pronto llegó a una conclusión:

—Ha pasado muchas privaciones, hambre tal vez. Pero esto es cosa de un médico…

Tenía un buen amigo, competente médico, que le debía algunos favores. Sin pensarlo dos veces, fue al videófono, dictó el número y, a los pocos momentos, estaba en contacto con el doctor Laurel.

* * *

Pedro Pablo Laurel auscultó concienzudamente a la joven, todavía permanecía sin sentido, exploró sus pupilas y observó la menor de sus reacciones. Luego fue a su maletín extrajo el instrumental necesario para un rápido análisis de sangre.

Efectuó la operación en la misma sala. Unos minutos más tarde, se volvió hacia el joven.

—Ya sé lo que tiene —anunció.

—¿Se puede curar? —preguntó Potter.

—Por supuesto, aunque costará un poco. Además, necesitará una enfermera durante la primera semana, que será un poco crítica. Te enviaré a una muy competente que ha tratado más de un caso y sabrá seguir con fidelidad mis instrucciones. La señora Gander traerá también las medicinas necesarias y, por supuesto, se encargará de bañar a la paciente, cosa que, se aprecia a primera vista, le está haciendo muchísima falta. Asimismo vigilará su régimen alimenticio, ya que está notablemente depauperada y tiene una gran carencia de glóbulos rojos.

—En otras palabras, anemia.

—Exacto.

—Pero, por todos los diablos, ¿cómo ha podido llegar a tal situación? —se asombró Potter.

—La respuesta es fácil; tomó una dosis excesiva de U.V.

—¿Cómo?

—«Ultraveritas». La droga que arranca todos los secretos de la mente; de una persona, a la vez que le proporciona un agradable estado de euforia y bienestar, que puede durar semanas enteras.

—La droga de la superverdad —tradujo Potter.

—Sí, justamente —corroboró el doctor Laurel—. Pero así como una dosis que podríamos llamar normal, no causa perjuicios en el organismo humano, una dosis excesiva puede llegar a ser un arma destructora, sobre todo, si se tiene en cuenta que los efectos nocivos pueden aparecer pasado un año y cuando el sujeto cree estar libre ya de todo efecto de la U.V.

—Cielos, jamás había oído nada igual —declaró el joven—. Pero se puede curar.

—Sin duda alguna, buen amigo.

—Y no le quedarán secuelas…

—En absoluto, porque, afortunadamente, hemos llegado a tiempo y le aplicaremos con toda efectividad el tratamiento que destruirá todo rastro de la droga en su organismo. Y cuando ella esté consciente, trata de averiguar si la tomó por si misma o la obligaron a ingerirla, aunque te aconsejo que dejes pasar una semana, antes de molestarla con preguntas que quizá podrían retrasar su curación.

—No te preocupes, Pedro —dijo Potter—. Seguiremos el tratamiento al pie de la letra. ¿Tardará mucho la señora Gander?

—Ahora mismo la llamaré y le indicaré los medicamentos que debe

traer. No te preocupes y déjalo todo en sus manos.

Mientras el doctor Laurel hablaba por videófono, Potter se preguntó que habría sucedido si Elsa se le hubiera ocurrido ofrecerle una cena normal, en lugar de aquella repugnante bazofia que ella había denominado «psicom». Sacudió la cabeza: no quería ni pensarlo.

Laurel se volvió minutos más tarde.

—Todo arreglado —anunció sonriente.

Potter le estrechó la mano con efusión.

—Eres un buen amigo, pero eso no me exime de abonar la minuta correspondiente —dijo.

—Me gusta vender productos garantizados, lo cual significa que no te cobraré un centésimo de «ugam» hasta que la paciente haya quedado completamente repuesta.

—Gracias, Pedro.

Potter acompañó a su amigo hasta la puerta. Cuando el doctor iba a salir. Potter recordó algo de pronto.

—Pedro, ¿has oído hablar alguna vez de la «psicom»?

Laurel se volvió, vivamente sorprendido.

—¿La has probado? —preguntó.

—Me invitaron esta noche y me puse tan furioso, que salí dando un portazo. Pero, ¿es cierto que esa hierba puede adoptar el sabor que uno desee?

—Sí, es verdad. Sin embargo, te aconsejo que no te aficiones a la «psicom» —dijo el galeno.

—¿Por qué?

—Parece que se han dado algunos casos… Sin duda se trataba de gente ya de cierta edad y, además, con determinadas deficiencias orgánicas. La cosa no está muy clara, porque el gobierno no se atreve a prohibir su venta y uso posterior pero, en tu lugar, yo me abstendría de probar esas hierbas.

—Bueno, pero aún no me has dicho…

—Se han observado síntomas de envejecimiento muy rápido. Los casos, repito, son muy escasos, pero, por si acaso…

—En la duda, abstenerse.

—Exactamente. Buenas noches, amigo.

—Buenas noches, Pedro.

Potter pensó momentos después en Elsa. Se lo diría al día siguiente. Aunque sabía que era voluntariosa y no le haría caso, al menos

cumpliría con su deber. Luego…

Miró a Paula, que continuaba dormida. ¿Cómo había llegado a semejante estado de postración y abandono?

Lo sabría cuando ella estuviese completamente repuesta.

CAPÍTULO III

Una semana más tarde, el doctor Laurel reconoció a la paciente y la declaró fuera de peligro.

—Aunque ahora le conviene, como mínimo, dos semanas de convalecencia en un ambiente sano, con muchos ratos al sol y al aire libre. El resto lo hará su propio organismo —dijo.

—Tengo una residencia campestre —manifestó Potter—. Nos trasladaremos allí y Donna Gander cuidará de ella hasta su total restablecimiento.

Laurel aprobó la idea y se marchó. Potter se quedó a solas con la joven, que estaba recostada en los almohadones de su cama.

—Y bien —sonrió—, es hora ya de que me explique lo que sucedió. ¿Qué la trajo a tan desastroso estado, Paula?

—Mardonia ya no es mío —contestó ella.

—Lo sé. Me lo dijo usted misma.

—Oficialmente, lo vendí. De un modo particular, le diré actué bajo los efectos del U.V.

Potter movió la cabeza.

—Algo de eso me figuraba, después de todo lo que he sabido. Sobre todo, si se piensa que, cuando se despedía de mí, alcancé a ver por el videófono las poco agradables facciones de un repugnante sujeto, deshonra de la profesión.

—Sin duda, se refiere a Tom Jenks.

—Alias «Barbarroja», aunque no la use, amén de otros calificativos mucho menos agradables de oír. Créame, Paula, aunque tiene licencia de vendedor, no le hace falta el parche es un ojo y la pata de palo para ser un auténtico pirata.

—Entonces, le conoce.

—Hemos tenido algunos contactos y han saltado chispas, aunque no demasiado fuertes. Sencillamente, la antipatía es recíproca.

—Yo llegué al hotel, Jenks estaba allí, con otro individuo, bajito, de cráneo pelado, y, éste sí, tuerto…

—Perry Itahi, un tipo con la conciencia de un caimán hambriento —identificó Potter rápidamente.

—Bien, de pronto, se me echaron encima. El tuerto me aplicó una inyección, mientras Jenks me sujetaba. Cinco minutos más tarde, estaba haciendo todo lo que ordenaban —explicó Paula.

—¿Incluso firmar el contrato de venta?

Ella hizo un gesto de aquiescencia.

—Firmé todo lo que pusieron delante y luego hablé con usted. Yo quería negarme, porque me daba cuenta de que iba contra mis intereses, pero una fuerza irresistible me impulsaba a hacerlo.

—La fuerza de la «Ultraveritas» —dijo él.

—Es horrible —murmuró la joven—. Una se da cuenta de que obra mal, de que está haciendo algo contra su propia voluntad, pero, al mismo tiempo, advierte que no puede hacer otra cosa.

—No debe ser agradable, en efecto —convino Potter—. De modo que Jenks se quedó con Mardonia… ¿por cuánto dinero?

—Oficialmente, doscientos cuarenta millones. Pero apenas recibido el importe de la venta, yo «invertí» todo mi capital en la sociedad que se ha formado para la explotación de las riquezas del planeta.

—No es mala jugada. —De pronto, Potter frunció el ceño—. ¿Conservas este último documento? —preguntó de sopetón.

—Sí. Es decir, creo que si… Hace tiempo que no voy por mi casa… En las últimas semanas, me sentía terriblemente enferma… No sé siquiera cómo he podido sobrevivir.

—Le aplicaron una dosis excesiva de U.V. De lo contrario, a los pocos días, se habría sentido completamente normal.

—¿Quiere decir que trataron de asesinarme lentamente? —se asustó la joven.

—No, no lo creo. Más bien pienso en cierta inexperiencia en el uso de la droga… y también indiferencia por sus consecuencias. Es decir, cuando decidieron drogarla, pensaron que una dosis mayor o menor no les importaba en absoluto, con tal de conseguir sus propósitos.

—Sí, pienso que tiene razón —dijo Paula—. Pero, ahora. Mardonia es suyo…

—Quizá se pueda recobrar, no hay que perder las esperanzas.

—Los documentos son absolutamente legales. Ellos negarán haberme drogado. ¿Cómo probar que firmé coaccionada, sin ser dueña de mi voluntad?

—Tal vez haya una solución, aunque, desde luego, será preciso buscarla. Pero no se preocupe por ahora; de momento, lo que interesa es que acabe de reponerse totalmente. Y si conserva el documento que justifica su inversión, tendremos una mínima base para intentar una reclamación en regla.

—Tengo alquilado un apartamento en la Perspectiva Ciento Treinta y Dos…

—Ya hablaremos de eso; ahora, lo que interesa es preparar todo para llevarla al campo. Hablaré con Donna…

Los ojos de Paula se humedecieron.

—Nunca podré agradecérselo lo suficiente —manifestó—. Aunque no consiga recuperar a Mardonia, me ha salvado la vida…

—Me la encontré en la puerta de casa. No iba a dejarla parada en mitad de la calle —sonrió él.

—Algo me impulsó a venir en su busca —dijo Paula pensativamente —. Apenas si coordinaba ya mis ideas, pero un instinto inexplicable me hizo saber que era usted el único que podía ayudarme.

—Su instinto no la engañó —aseguró Potter. Se acercó a la puerta y llamó—: ¡Donna!

—Tengo que hacerle una pregunta —dijo la joven—. Sé su apellido, pero ignoro qué significan las iniciales A. R.

—Aquiles Richardson —contestó él jovialmente—. Pero el nombre no me gusta. Prefiero que me llame Ricky.

—Sí, desde luego.

La señora Gander apareció en aquel instante.

—Señor Potter…

—Donna, vamos a prepararlo todo para llevar a la paciente a mi casa de campo, a fin de terminar la convalecencia —ordenó el joven.

—Perfectamente —contestó la enfermera—. Si, en el campo podrá terminar de curarse sin problemas —añadió.

* * *

Con el ceño fruncido, Potter examinó al día siguiente el documento que había mencionado la muchacha. Era un contrato perfectamente legal, en apariencia, adornado con una artística portada, con numerosos

dibujos y caracteres sumamente elegantes.

El nombre de la empresa parecía perfectamente adecuado a sus fines. La Compañía Jenks-Itahi, Para la Explotación y Desarrollo de los Recursos Naturales de Mardonia, COPERN en abreviatura, se comprometía a remunerar adecuadamente la inversión, garantizándole un mínimo de un veinte por ciento del total de los beneficios obtenidos, deducidos impuestos y gastos. La participación era intransferible, a menos que fuese aprobada en consejo de administración…

«Legal, todo perfectamente legal», se dijo Potter, después de leer el contrato desde el encabezamiento a las firmas.

Guardó el documento. Un día, quizá, Jenks se arrepentiría de haber hecho una cosa semejante. Aunque quizá sería mejor hablar de Itahi en este caso, pensó, porque, aunque Jenks no era tonto precisamente, la inmensa mayoría de sus operaciones se debían a la aguda mente de Perry Itahi, a quienes muchos consideraban como el verdadero cerebro de la agencia de ventas.

Ahora prefería moverse de prisa y había decidido usar su propulsor individual. En pocos minutos se halló en la terraza del gigantesco rascacielos donde Jenks tenía su agencia. Dejó el aparato en el lugar destinado para ello y tomó un ascensor que le condujo en breves instantes a la planta número ciento setenta y dos.

La placa de la agencia era muy parecida a la suya. Potter llamó y la puerta se abrió a los pocos momentos. Una hermosa joven, de frondosa cabellera rubia, abultados senos y pomposas caderas, le recibió con la mejor de sus sonrisas.

—¿En qué podemos servirle, señor? Mi nombre es Felicia Ockburn y me siento muy honrada de tenerle como cliente. Vendemos de todo…

—¿Es ahora usted la directora de la agencia, señorita?

—Oh, no. Sólo secretaria en prácticas.

Potter arqueó las cejas.

—No entiendo…

—Bien, necesito un par de años de práctica en una agencia patentada para obtener mi licencia. Estoy a punto de cumplir el plazo y pronto me estableceré por mi cuenta.

—Oh, comprendo. Señorita Ockburn, me llamo Potter y deseo hablar con el director de la agencia.

—Muy bien, le anunciaré al señor Huggins. Es el director accidental, porque el jefe está ausente…

—¿Huggins? ¿Dan Huggins?

—Sí, señor Potter. ¿Acaso le conoce?

El joven contuvo una sonrisa.

—Avísele, por favor —rogó.

—Al momento.

Felicia cruzó el antedespacho y llamó a una puerta con los nudillos. Movía mucho las caderas y ello le dio a Potter una idea. Sí, quizá resultaría interesante…

—El señor Huggins le recibirá inmediatamente —dijo Felicia momentos más tarde.

La mesa tras la cual se hallaba Huggins era una simple tabla de vidrio negro, sostenida por antigravedad, lo mismo que su sillón. Huggins se levantó sonriendo al verle.

—El gran Potter, el mejor agente de ventas del planeta —exclamó alegremente al verle—. No sé qué decirle; me siento confundido por el honor…

Potter se sentó desenvueltamente en un ángulo de la mesa.

—Dan, menos coba. Vamos al grano —cortó.

—¿Tienes prisa?

—No, pero no quiero perder el tiempo en frases de cortesía, que son tan huecas como una calabaza seca. ¿Dónde está «Barbarroja»?

Huggins frunció el ceño.

—Te refieres a Jenks, naturalmente.

—Eso es.

—Lo siento. No está en la Tierra.

—¿En Mardonia, tal vez?

El rostro de Huggins expresó sorpresa.

—¿Cómo lo sabes…?

Poner rió burlonamente.

—No fue un disparo al azar, porque sabía que, si ese pirata no estaba aquí, tendría que encontrarse forzosamente en Mardonia. ¿Es un buen negocio ese planeta? ¿Rinde muchos dividendos la COPERN?

—Has averiguado muchas cosas, Ricky —contestó Huggins tensamente—. Eso no me gusta, te lo digo con sinceridad.

Potter adelantó el torso.

—Menos me gusta a mí la estafa que Jenks hizo a la propietaria de Mardonia y aún menos el documento que le obligó a firmar, para concederle una ilusoria participación en los beneficios de la explotación de aquel planeta. Dan, la dueña firmó bajo la acción de una droga…

—¿Podrías demostrarlo? Los documentos fueron registrados legalmente. Toda reclamación queda fuera de lugar.

—Es decir, aunque se le acusara de haber obrado ilegalmente, al no poder probarlo, el tribunal desestimaría la demanda de la propietaria anterior.

—En efecto —sonrió Huggins.

—Veo que estás muy enterado del asunto…

—Es mi obligación, ¿no te parece?

—Dan, tú siempre fuiste miembro prominente de la banda, porque no se puede llamar de otro modo a la organización de ese pirata. Si quieres un buen consejo, sal de este asunto antes de que sea demasiado tarde.

—Gracias. Ricky, pero, a mi vez, voy a darte yo también mi consejo particular: déjanos en paz o tendrás que lamentarlo.

—La dueña recuperará su propiedad, te lo aseguro.

Huggins sonrió desdeñosamente.

—Mardonia es tan nuestro como tuyas son tus narices —contestó, desafiador.

—Habrá pleito.

—Lo perderás.

—Probaré que la dueña fue drogada.

—Eso es absolutamente imposible, Ricky.

—Para la medicina actual, hay pocas cosas imposibles. Dan.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Potter observó que Huggins se ponía muy nervioso.

—Será mejor que te marches. Ricky; tengo mucho trabajo.

—Dan, ¿qué hay de Mardonia?

No hubo respuesta. Los ojos de Huggins centelleaban de ira.

—Quizá volvamos a vernos ante el tribunal —se despidió Potter.

Abandonó el despacho. Felicia se puso en pie. Potter observó que la secretaria se había arreglado el escote. La blusa apenas si ocultaba nada.

—¿Le han dicho alguna vez que es usted muy hermosa, Felicia? —sonrió el joven.

Ella rió.

—Tiene usted un humor excelente, señor Potter…

—Y una falta de compañía muy lamentable. ¡Estoy tan solo! —suspiró el joven—. ¿O es usted casada?

—Oh, no… Pero…

—Me gustaría invitarla a cenar, Felicia. ¿Dónde le parece mejor?

Felicia dudó un instante.

—En el «Octavius», a las siete —dijo al cabo.

Potter la barbilleó un poco.

—Allí estaré —aseguró.

«Cuando una posición no se puede asaltar de frente, se intenta por algún flanco», pensó, mientras se dirigía al ascensor. En aquel momento, Huggins estaba hablando por videófono con alguien:

—Russ, necesito hablar contigo. Es urgente —manifestó.

El rostro del sujeto que aparecía en la pantalla parecía de piedra.

—Cincuenta mil —dijo.

Huggins vaciló. Tal vez Jenks protestaría… pero si le suprimía una molestia.

—Está bien —cedió finalmente—. Nos veremos luego, tú sabes dónde, Russ.

—Trae el dinero o no te molestes en venir —contestó el otro fríamente.

Huggins sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente. Russ Finney le daba miedo, pero era el único que podía librarle de aquel apuro, pensó, sin darse cuenta de que la puerta del despacho estaba entreabierta y que Felicia había escuchado la conversación.

CAPÍTULO IV

Fue una velada inolvidable, con un final tórrido, explosivo. Felicia quedó en la cama como derrengada, incapaz de hacer el menor movimiento, mientras Potter preparaba dos copas.

—Eres un volcán —dijo ella.

—Lo soy con quien se lo merece —sonrió él, sentándose en un lado de la cama—. Toma, recupérate.

—Me recuperaré muy pronto —contestó ella—. Desde que me alimento con el «psicom», me siento otra.

Potter frunció el ceño.

—¿Te gusta?

—Es delicioso. Además, euforizante…

—¿Cómo lo consigues?

—Oh, el señor Huggins es muy bueno y me da todo lo que quiero. Pero no me preguntes de dónde lo saca él. Una vez intenté saberlo y se puso como loco. Ya no he querido curiosear más sobre el particular.

—¿De modo que te lo proporcionó Huggins…?

—Sí. No sé de dónde lo obtiene, pero a él nunca le falta. Ricky, muchos creen que soy tonta, porque mi aspecto… Bueno, ya te lo imaginas, ¿no? Pero tengo ojos y oídos y sé sumar dos y dos… Huggins, bueno, la agencia, se están forrando con la hierba «psicom», es todo lo que puedo decirte.

—Muy interesante —observó él—. Lo que no comprendo es cómo fuiste a practicar con Jenks.

—Oh, me gusta la profesión y un día vi un anuncio que pedían una secretaria… Me presenté, me probaron y conseguí el puesto. El mes próximo ya podré optar a mi licencia personal.

—Te felicito, encanto. Y, aunque llegues a ser competidora mía, te

deseo toda suerte de éxitos. Pero habrás de permitirme un consejo.

—Sí, desde luego.

—No se lo digas a Huggins, claro. Aunque él te dé más «psicom», en cuanto llegues a tu casa, tíralo por el sumidero. Se han detectado casos de envejecimiento muy rápido, casi súbito. Las propiedades de la hierba no han sido contrastadas de un modo total.

—Me estás asustando, Ricky —exclamó Felicia, muy impresionada.

—Soy sincero contigo —dijo él, seriamente—. Pero, repito, no le digas nada a Huggins.

Ella entornó los ojos.

—Oí algo después de que te marchaste —murmuró—. Huggins habló con un tal Russ y éste, sin más, le pidió cincuenta mil «ugams». No sé qué querría Huggins a cambio de ese dinero…

Potter se puso rígido.

—¿Has dicho Russ?

—Sí. Tenía una voz de serpiente… es decir, si las serpientes pudieran hablar… No le vi la cara, pero sentí escalofríos…

Potter sonrió y se inclinó hacia ella, para besarla en una mejilla.

—Gracias por la información, encanto —dijo—. Puedes seguir en mi apartamento todo el tiempo que gustes. Cierra de golpe al salir; la cerradura es de combinación y nadie podrá entrar.

Felicia se sentó de golpe en la cama y sus pesados senos se bambolearon un poco.

—Pero, ¿es que te marchas?

—Ahora mismo, sin perder un minuto.

Cinco después, Potter estaba completamente vestido. Desde la puerta tendió el índice hacia la aturdida Felicia.

—No digas nada, no menciones en absoluto que has estado conmigo, ni pronuncies una sola sílaba sobre la «psicom»… si en algo aprecias tu vida —se despidió dramáticamente.

Cuando la joven quiso reaccionar, Potter estaba ya muy lejos. Descontenta, pero también amedrantada, empezó a vestirse.

—¡Jesús! —clamó—. Pero, ¿en qué antro he ido yo a caer?

* * *

El hombre se registró como turista en el hotel situado a orillas del lago y firmó como Juan Rodríguez, aunque se llamaba Russ Finney. Después de recoger la llave, subió a su habitación.

El cuarto tenía una vista excepcional. Russ Finney, sin embargo, hizo muy poco caso del panorama. Esperó a que le subieran el resto del equipaje y entonces cerró con llave. A continuación, fue al baño y se tomó una ducha.

Había transcurrido una semana desde la llamada de Huggins. En aquel tiempo. Finney había averiguado dónde estaba el objetivo y conocía sus coordenadas al milímetro.

El objetivo se hallaba a mil doscientos kilómetros de distancia. Si había elegido aquel hotel era porque así podría pasar inadvertido. No era plena temporada de vacaciones, pero tampoco era invierno, cuando había una casi total ausencia de huéspedes. Una aglomeración excesiva habría resultado perniciosa como la soledad total.

El cuarto disponía de dispensadora de alimentos. Finney ordenó un café y lo tomó a pequeños sorbos. Luego abrió una de las maletas que había llevado consigo.

Pieza a pieza, empezó a montar el instrumental propio de su oficio. Corrió las cortinas al terminar, dejando una rendija, suficiente para que pudiera asomar el cañón del fusil y pudiera observar a través del visor hiperespacial de puntería.

El fusil estaba situado sobre un trípode, lo que aseguraba una firmeza absoluta en el momento del disparo. Sentado tras la culata, Finney empezó a mover las ruedecillas de graduación de la mira.

El visor consistía en una pantalla de cinco pulgadas, con cruz filar de puntería y estaba conectado a una pequeña pero potente batería que permitía el funcionamiento de los mecanismos electrónicos. Finney orientó la pequeña antena de la parte superior y así obtuvo una absoluta nitidez de imágenes.

El objetivo aparecía desierto por el momento. Era una agradable casa de campo, con piscina de cúpula corrediza, al objeto de utilizarla en todo tiempo. El jardín aparecía muy bien cuidado y abundaban las flores de vivos colores.

Finney aguardó pacientemente. Una hora más tarde, vio aparecer una pareja en la pantalla.

La mujer caminaba lentamente, apoyándose en el brazo del hombre. Finney volvió a mover las ruedecillas de puntería. Al mismo tiempo, manejaba el control del «zoom».

La figura de la joven se agrandó, hasta que su busto ocupó la pantalla casi por completo. Con la ayuda de las ruedas de puntería, Finney siguió paso a paso cada movimiento de la pareja. De pronto, los

vio detenerse.

Durante unos segundos, ella quedó dando frente al observador. Finney juzgó llegada la ocasión y presionó el botón de contacto.

La cruz filar enrojeció súbitamente. El índice de Finney se curvó sobre el gatillo

Delante de la joven había unos arbustos, que no impedían en absoluto la visión. Cuando apretaba el disparador. Finney divisó un leve destello metálico. Por encima de los arbustos, sobresalía una varilla terminada en una esfera de un centímetro de diámetro. La parte visible de la varilla no superaba los tres centímetros.

Pero lo vio demasiado tarde.

La bala partió instantáneamente. El mecanismo automático del fusil actuó y otra bala fue a la recámara. El primer proyectil, mientras tanto, se trasladaba por el hiperespacio en busca de su blanco. Cuando llegase a pocos metros, se materializaría de nuevo y seguiría la trayectoria como una bala corriente.

Un par de segundos más tarde, una fuerza invisible, terriblemente poderosa, repelió el proyectil y le hizo invertir la trayectoria, para obligarle a seguir un rumbo de vuelta absolutamente idéntico. De nuevo volvió a materializarse y, como su trayectoria de regreso era totalmente fiel a la idea, penetró en el cañón. Alcanzó el proyectil que estaba en la recámara y se produjo una terrible explosión.

Finney había empezado a alarmarse, cuando vio la varilla rematada por la bola. Estaba levantándose, pero ya no tuvo tiempo de escapar.

La primera explosión le destrozó el tórax. Luego estallaron los restantes cartuchos del cargador, pero ya no se enteró de que su cuerpo quedaba literalmente esparcido en sangrientos fragmentos por la habitación.

* * *

—Me tiemblan las piernas —confesó Paula.

—No debes temer. Estamos suficiente protegidos —aseguró Potter.

—¿Tú crees…?

—Conozco a Finney. Personalmente, no, claro, pero sí sé cuáles son sus procedimientos.

—¿Has tenido relación con él?

—Un cliente mío —repuso el joven—. A Jenks no le gustó que le birlase la operación y trató de impedirla eliminando al cliente. De este

modo, podría tratar con los herederos, de los que sabía que no pondrían demasiadas objeciones a vender por cuatro lo que valía diez. Total, a ellos no les había costado nada la propiedad…

—¿Murió tu cliente?

—Por desgracia. Pero no pudimos hacer nada contra el asesino. Disparó desde tres mil ochocientos kilómetros de distancia.

—Es horrible… Pensar que hay armas que pueden matar desde un sitio tan lejano…

—Lo peor de todo es que la herida aparece absolutamente normal y no se puede determinar si ha sido producida por una bala corriente o por una disparada con mecanismo hiperespacial.

—¿Y tú piensas que Finney…?

Potter señaló con una mano la hilera de varillas que circundaban por completo el jardín.

—El amigo que me instaló la coraza repelente afirma que es la única forma de evitar ser alcanzado por uno de esos proyectiles —contestó—. El sistema consume mucha energía, pero es absolutamente seguro.

—Y la bala rebotará…

Potter ocultó una sonrisa.

—Si —contestó lacónicamente.

—Bueno, pero no siempre podemos permanecer así, esperando el próximo golpe…

—Tienes razón, ya no permaneceremos inactivos, salvo el tiempo que necesites estrictamente para tu total curación

—¿Qué haremos entonces, Ricky?

Potter se quedó quieto bruscamente.

—No te muevas —ordenó.

Frente a ellos, a tres pasos, había una varilla metálica que parecía surgir del suelo. La bola que la remataba empezaba a colorearse, como si el metal estuviese sometido a la acción de una intensísima temperatura.

Súbitamente, la esferita se puso al rojo vivo. Apenas medio segundo más tarde, empezó a perder color.

—Ya está —dijo él—. El proyectil ha sido repelido

Paula se estremeció.

—¿Seguro?

La bolita tenía un color rojo que se hacía más oscuro por momentos.

—Está volando hacia el punto de origen —anunció Potter—. ¡Ya ha

llegado! —exclamó súbitamente, cuando vio que la bola volvía a brillar normalmente.

Ella contuvo la respiración.

—Ricky, ¿qué ha pasado?

—Finney no volverá a usar más su fusil hiperespacial —contestó Potter ceñudamente—. Ni otra clase de armas, por supuesto.

Separándose de la joven, echó a andar con paso resuelto hacia la casa. Momentos después, dictaba al videófono las cifras de otro aparato similar.

El rostro de un hombre de unos treinta y cinco años apareció a poco en la pantalla.

—¡Ricky, qué alegría! —exclamó el teniente Grünner—. ¿Puedo servirte en algo?

—Hans, acaban de disparar contra mí con un fusil hiperespacial. Había instalado una coraza repelente y, a estas horas, el autor del disparo, se está arrepintiendo de haber intentado liquidarme.

—No estarás hablando en serio —se asombró Hans Grünner, de la Superpolicía, nombre con el que se designaba popularmente al organismo con jurisdicción en todo el ámbito de la Tierra.

—Hans, tú has oído hablar de Russ Finney —dijo el joven muy serio.

—Demasiado, pero nunca le hemos podido pillar…

—Quizá ahora sea la ocasión. Tú tienes medios para ello. Averigua desde dónde hizo el disparo.

—Muy bien, pero, dime, ¿por qué quería matarte ese hijo de perra?

—Una vez, cierta dama dijo: ¿Quién quiere comprar un planeta?, y alguien la oyó, y pensó que sería una ganga… En fin, es un poco largo de explicar, pero ya te lo contaré en otro momento. Estoy en mi casa de campo; llámame apenas sepas algo.

—Descuida. Ricky —contestó Grünner.

Desde la puerta, Paula dijo:

—Si ve que ha fracasado, Finney intentará matarme de nuevo.

Potter se volvió hacia ella.

—Pronto saldremos de dudas —contestó.

Ella sonrió.

—Me ha hecho gracia la frase… «¿Quién quiere comprar un planeta?» Yo no lo dije así… aunque debo reconocer que aproxima mucho a la realidad. Pero —añadió tristemente—, Mardonia ya no me pertenece.

—Eso es algo que está por discutir. Podríamos entablar el pleito inmediatamente y te garantizo que lo ganaríamos, pero, a fin de estar más seguro, prefiero viajar a Mardonia, a fin de averiguar sobre el terreno qué es lo que hay allí y que despertó tanto interés en un pirata como Jenks. Porque conozco a ese granuja y sé que no es hombre propenso a realizar operaciones que no le produzcan beneficios inmediatos, y muy altos, por supuesto

—Yo no puedo decirte nada: no he estado allí nunca…

—Conocerás Mardonia muy pronto —vaticinó él.

—Entonces, vamos a viajar hasta allí.

—Partiremos apenas te haya dado de alta el doctor Laurel. Mientras yo lo prepararé todo, a fin de evitar problemas, una vez hayamos puesto el pie en Mardonia.

El zumbido del videófono sonó bruscamente. Potter alargó la mano y conectó el aparato.

—Ricky, hemos localizado a Finney —informó Grünner.

—¿Y bien?

—Bueno, lo más apropiado sería decir que se han encontrado los pedazos de algo que fue una persona. Tu repelente funcionó devastadoramente, Ricky.

—Me lo imaginaba. Un problema menos, ¿verdad?

—Sí, un problema menos —convino el teniente Grünner—. Gracias por el favor, compadre.

—De nada, ha sido un placer.

La imagen se esfumó. Paula miró fijamente al joven.

—Ricky, ¿qué le pasó a Finney?

El joven sonrió.

—Espero que Huggins tome buena nota del hecho —repuso—. La bala, simplemente, volvió al punto de partida y provocó la explosión de los otros proyectiles. Eso es todo, Paula

Ella se estremeció. Potter añadió:

—Pero es de suponer que Huggins informe a Jenks, lo cual significa complicaciones en Mardonia. ¿Estas dispuesta a afrontarlas, Paula?

—Sí, Ricky —contestó ella resueltamente

CAPÍTULO V

—¡No puedo más! —jadeó la muchacha de pronto.

—Sigue —dijo él, impecable—. Apenas has recorrido doce kilómetros. Tienes que endurecer tus músculos; seguramente, en Mardonia habrá que caminar largas distancias a pie.

—Pero… pero llevamos de todo: vehículos terrestres, propulsores individuales… No… no tendremos nene… necesidad de dar un solo paso…

—Primero, vamos a un mundo desconocido. Segundo, apenas sabemos nada de Mardonia. Tercero, en ocasiones será no ya necesario, si no conveniente marchar a pie. Cuarto, el hecho de que estés completamente restablecida no significa que te encuentres en condiciones de afrontar situaciones de cierta dureza física, y no lo digo precisamente por los posibles choques con Jenks y sus piratas. Quinto…

—¡Ba… basta, no sigas! —suplicó Paula—. En cualquier momento me voy a de… desplomar…

Inflexible, Potter movió el mecanismo de control de velocidad de la cinta deslizante con que se había equipado el pequeño gimnasio de a bordo. Volaban ahora con el piloto automático, debidamente programada la órbita, de modo que no tenía que preocuparse por la nave. Y, aunque el viaje iba a ser relativamente corto, menos de tres semanas, había estimado conveniente entrenar a la muchacha para soportar posibles fatigas de la estancia en Mardonia.

Y a él también le hacía falta un poco de ejercicio, pensó, mientras la cinta aumentaba su ritmo y ahora se veían obligados a mover las piernas en un obligatorio paso gimnástico.

Paula apretó los dientes y pegó los codos a los costados, para no mostrar debilidad. Potter la miró de reojo; ella tenía el cabello pegado a las sienes a causa del sudor. Llevaban ya una semana de vuelo espacial y los entrenamientos empezaban a dar fruto.

Un kilómetro más adelante, volvió a la velocidad normal, marcha al paso. Otros mil metros más, reflejados en el contador de distancias del aparato, le hicieron suspender el ejercicio.

—Ahora, a la ducha —ordenó él.

—E… está bien… —Paula ya no tenía resuello y se alejó casi tambaleándose, mientras el joven sonreía a sus espaldas.

Cuando la joven salió del baño, se encontró la mesa puesta.

—Tengo un hambre de lobo —declaró.

Potter le puso un plato lleno delante.

—Un lobo saltaría de gozo al ver estas chuletas —sonrió

—Creo que me pelearía con él y que sería capaz de derrotarle.

—No me cabe la menor duda. ¿Cómo van los ánimos?

Paula sonrió. Se había recobrado ya por completo y todo aspecto de depauperación había desaparecido no sólo de su rostro sino de su figura. De nuevo volvía a ser la joven hermosa y estallante de salud que Potter había conocido año y medio antes.

—Mejor que nunca —contestó.

—Recobraremos el planeta —afirmó él—. Pero antes, insisto, es preciso saber qué hay en Mardonia, para cuando podamos llevar a Jenks a los tribunales.

—¿Accederá?

—Le obligaremos. El sistema de Mardonia tiene una capital, Kjegstrom, y hay unas leyes promulgadas que Jenks no puede desconocer, so pena de verse en graves compromisos, cosa que no le conviene en absoluto.

—Pero todos sus documentos son legales. Yo firmé… No se puede demostrar en absoluto que lo hice bajo la influencia de la droga «Ultraveritas».

Potter sonrió sibilinamente.

—Es posible que antes hagamos un arreglo con Jenks —dijo.

—¿Y si no accediera?

—Entonces, recurriríamos a la ley del Octavo Sistema.

—Ricky, tú eres el experto —suspiró ella—. El asunto queda en tus manos.

—Se te enfrían las chuletas —dijo él socarronamente.

Paula decidió dejarse de remilgos y agarró la primera con los dedos. Al cabo de unos momentos, exclamó:

—Y todavía hay quien prefiere la «psicom»…

—Son gentes con gustos muy peculiares —contestó Potter.

Día a día, proseguían los entrenamientos, en los cuales también Potter tomaba parte. Llegaban a un planeta desconocido y, por lo que sabían deshabitado, y era preciso encontrarse en óptimas condiciones físicas.

—Porque, además —dijo él, cuando ya les faltaban pocas jornadas para la arribada a Mardonia—, es preciso tener en cuenta que Jenks sea el único enemigo serio.

—¿Temes algún encuentro violento?

—Debemos estar prevenidos para esa posibilidad.

Mardonia apareció al fin, flotando en la negrura del firmamento

como una esfera azul y blanca. Potter había recuperado ya los mandos de la nave y observaba cuidadosamente las indicaciones de los distintos controles.

Cuando estaban a unos setenta kilómetros de altura, algo empezó a chirriar suavemente.

—¡Señales de vida orgánica! —anunció.

Paula se situó a su lado.

—¿Inteligente?

Potter observó las indicaciones del radioelectroencefalógrafo.

—Inteligente —corroboró.

—¿Ellos?

Si no hay habitantes en Mardonia, a la fuerza tienen que ser ellos. Pero no temas; aterrizaremos a suficiente distancia para que no puedan advertir nuestra llegada.

Potter se alejó un par de cientos de kilómetros del lugar donde se originaban las señales de actividad cerebral inteligente. La nave descendió con gradual lentitud, hasta posarse en el centro de una vasta llanura, cubierta de una capa de espesa hierba verdeazulada, que alcanzaba hasta donde llegara la vista.

Hubo un leve estremecimiento cuando las patas del tren tocaron el suelo firme. Luego sobrevino la inmovilidad.

—¡Bienvenidos a Mardonia! —exclamó Potter jovialmente.

* * *

Potter se había equipado con un traje de tela recia, pero también liviana, pantalones y fuertes botas, en cuya caña iban metidas las perneras de aquéllos. En el cinturón llevaba un enorme cuchillo de caza y una cantimplora. Para protegerse los ojos usaba lentes coloreados, autorregulables, y un sombrero de ala ancha y blando fieltro.

Mientras Paula se vestía de un modo análogo, hizo funcionar los controles que harían descender el vehículo todo terreno en el que pensaba realizar las primeras exploraciones. Junto a la escotilla, tenía un rifle corriente, con depósito para veinte cartuchos. Asimismo llevaba en el cinturón cuatro cargadores de repuesto. Cien tiros le parecían más que suficientes para defenderse de cualquier ataque.

En el automóvil había ya provisiones para varios días, así como dos tiendas de campaña y elementos de cura. En una cartuchera sujeta al cinturón, llevaba plegado un impermeable que, en tales condiciones,

abultaba poco más que un pañuelo corriente.

Paula apareció al fin, completamente equipada.

—Estoy lista declaró.

—Muy bien contestó él con la vista fija en los mandos de la grúa—. Antes de cinco minutos…

Potter no pudo continuar. Un horrible silbido llegó a través de la escotilla abierta, transformándose en una espantosa detonación, cuyo estampido sacudió violentamente la nave.

—¡Ricky! ¿Qué es eso? —gritó la joven, asustada.

—Sal inmediatamente —ordenó él—. Nos bombardean…

—Pero, si están tan lejos…

—¡Aprisa, no hagas comentarios estúpidos! —rugió Potter.

Agarró el fusil y se precipitó hacia la escalera. La grúa seguía funcionando; se pararía por sí sola cuando el automóvil hubiese puesto sus ruedas en el suelo.

Repentinamente, se oyó una terrible explosión.

Potter estuvo a punto de ser derribado al suelo. Paula gritó, muy asustada. Mientras Potter trataba de recuperar el equilibrio vio volar por los aires trozos de metal, procedentes del vehículo, alcanzado de lleno por el proyectil.

Ya no podían perder más tiempo. Agarró a Paula por el brazo y la hizo salir a viva fuerza, alejándose a continuación a toda velocidad del blanco que era la astronave. Cuando ganaban terreno, oyeron varios silbidos, que aumentaban rápidamente en intensidad.

—¡Al suelo!

Ella no se hizo de rogar. Potter se tendió también, aunque tuvo la serenidad suficiente para volver la cabeza.

En el cielo azul se divisaban varias líneas blanquecinas que avanzaban a enorme velocidad hacia aquel lugar. Potter ya no tuvo la menor duda de que los primeros tiros habían sido de corrección.

La salva llegó aullando y las explosiones se sucedieron con increíble rapidez. El suelo retembló con enorme violencia y espesas nubes de humo y polvo subieron a lo alto. Pero la nave continuaba todavía intacta, a pesar, de que un par de proyectiles habían estallado a muy poca distancia.

—Corramos, Paula. En seguida van a disparar otra salva.

Ganaron cien metros más. De nuevo se oyeron aquellos aterradores silbidos.

Esta vez pudieron ver con toda claridad la trayectoria parabólica de los seis proyectiles, que llegaban con pocos cientos de metros de distancia entre sí. Cuando estalló el primero, Potter ya no tuvo la menor duda de que los atacantes habían conseguido centrar el tiro.

La nave empezó a saltar en pedazos a cada explosión. Súbitamente, con el quinto proyectil, se produjo una aterradora detonación.

Un colosal volcán de fuego y humo subió a lo alto. La astronave se abrió como una simple lata de sardinas. Planchas de varias decenas de toneladas volaron por los aires, como si fuesen de corcho liviano. Los instrumentos, la maquinaria, los elementos auxiliares, las cajas de provisiones, todo quedó destrozado por la potencia de los proyectiles y los desastrosos efectos de la última explosión.

Pese a todo, los invisibles atacantes enviaron todavía unas cuantas salvas más, con una ligera dispersión de los proyectiles, cosa que Potter supo comprender de inmediato. Trataban de alcanzarles a ellos, suponiendo que tal vez habían conseguido escapar de la nave antes de que se consumase su destrucción.

Ahora, sin embargo, estaban a suficiente distancia como para no temer nada de los estallidos. Cuando llegaba una de las últimas salvas, Paula, asombrada, vio que Poner se ponía de rodillas y contemplaba algo que llevaba en su muñeca.

—¿Qué haces? —preguntó.

Potter aguardó a que se disipara el fragor de las explosiones.

—Simplemente, he registrado en mi brújula la dirección de donde llegaban los proyectiles, cosa que no habría podido hacer, si no hubiesen dejado estela en su trayectoria.

—Y eso, ¿tiene alguna utilidad, Ricky?

—La tiene, porque, siguiendo este rumbo, encontraremos la guarida de Jenks —contestó el joven.

—Tú piensas que ha sido ese pirata.

—Nadie sino él, sería capaz de hacer cosa semejante —aseguró Potter, mientras, disimulando su frustración, contemplaba las ruinas de lo que había sido una magnifica astronave y entre cuyos restos ya no había nada absolutamente que pudiera serles de provecho.

CAPÍTULO VI

—¿Y ahora, qué, Ricky?

El joven demoró su respuesta unos segundos. Frente a ellos, se extendía una llanura que parecía un azulado mar de hierba, las puntas de cuyos tallos les llegaban hasta media pierna. Aquí y allá se veían algunos árboles aislados, cuyas siluetas apenas si rompían la monotonía del paisaje.

Hacia el Norte, sin embargo, pero casi perdidas entre la ligera bruma, se divisaban unas montañas, con las cumbres nevadas. Pero los proyectiles habían llegado desde el Sur, unos grados al Oeste, y hacia allí tendrían que dirigirse, si querían hallar a Jenks y su banda.

—Ahora —contestó Potter—, te alegrarás del entrenamiento a que te he sometido días atrás.

—¿Lo presentías?

—Te expliqué mis motivos, aunque, francamente, no esperaba una recepción tan instantánea y, sobre todo, tan destructora.

—Es cierto y debo darte la razón. Ahora no me asustan cincuenta kilómetros a pie y antes sudaba sólo de pensar en caminar la décima parte.

Potter sonrió.

—El ser humano tiene actualmente demasiadas comodidades. Es un individuo blando, habituado a que las máquinas le resuelvan el más pequeño problema. En suma, demasiada civilización.

—Entonces, eres partidario de la vida primitiva: cazar con hachas de piedra, encender fuego frotando dos palitos…

—No, en absoluto. La civilización tiene sus ventajas si no nos dejamos avasallar por ella. De lo contrario, nos convertiremos en seres que sólo podrán vivir en invernaderos.

Paula suspiró.

—Esto no es precisamente un invernadero —comentó.

—No, aunque el clima, al menos en esta región, es muy agradable. Pero ya no tenemos un techo donde resguardarnos, ¿comprendes?

—Nos pasaremos sin él —contestó Paula resueltamente—. ¿Cuándo empezamos a caminar?

Potter consultó de nuevo su brújula.

—Ahora mismo —respondió.

Ella se emparejó a su lado.

—Ricky, ¿qué dispararon contra nosotros?

—Seguramente, cohetes-granadas o granadas-cohete, como quieras llamarlas. Son armas de varios cientos de kilómetros de alcance y, en su relativa pequeñez, encierran un explosivo veinte veces más potente que los convencionales. Lo cual significa que, si el calibre de las granadas era de veinte milímetros, su potencia equivalía a la de un proyectil de cuarenta centímetros.

—Por fortuna, no utilizaron cargas nucleares —dijo ella.

—Oh, Jenks es un tipo muy «higiénico» y no quiere contaminar su planeta —respondió Potter mordazmente.

Al cabo de unos momentos, levantó la vista al cielo y aspiró el aire con fuerza varias veces.

—Preciosa, o mucho me engaño o dentro de poco vamos a mojarnos —vaticinó.

* * *

Los impermeables brillaban bajo el agua que caía de las alturas incesantemente, aunque, por fortuna, sin gran intensidad. Pero la misma insistencia de la lluvia hacía que pareciese que se hallaban bajo un diluvio torrencial.

El sol empezó a ponerse a su derecha. Potter masculló algo entre dientes. Habían recorrido ya una docena de kilómetros, calculó, y no habían hallado todavía un lugar apropiado para refugiarse y pasar la noche al resguardo.

—Y luego tenemos el problema de la comida —masculló.

—No he visto animales, Ricky —dijo ella.

—Si encontrásemos un rio, probaríamos de pescar algo. Pero no veo nada…

La noche llegaba con rapidez. De pronto, Paula divisó una hilera de

cosas oscuras a unos doscientos pasos de distancia.

—¡Ricky, mira, árboles! —exclamó, a la vez que echaba a correr.

Potter la siguió a corta distancia.

—Maldita sea, tiene buenas piernas —rezongó.

Bruscamente, Paula lanzó un grito y desapareció de su vista. Potter emitió un alarido de rabia.

Por un instante estuvo a punto de seguir a la muchacha, que había caído rodando por un talud muy pronunciado, surgido tan repentinamente, que no le había dado tiempo de detenerse. Las paredes del barranco estaban cubiertas también de hierba y se dejó resbalar, hasta detenerse a su lado.

—¿Estás bien? —preguntó ansiosamente.

Ella se sentó en el suelo, apartándose un mechón de cabellos.

—No te preocupes… pero me puse tan nerviosa al saber que había un río en las inmediaciones…

Potter sonrió. A veinte pasos de distancia, brillaba una cinta que parecía de plata cada vez más oscura, debido al gradual aumento de las tinieblas.

—Hay algo mejor —dijo—, aunque el río no sea de desdeñar.

Tendió la mano hacia su derecha y señaló el oscuro hueco que se veía al pie del talud.

—Un refugio para esta noche —añadió.

* * *

Los árboles abundaban en ambas riberas, lo cual les confirmó en la notable similitud de Mardonia con la Tierra. Y, además. Potter pudo obtener gran cantidad de leña seca. La cueva era grande, profunda, con el suelo de arena muy fina y sin humedad. Media hora más tarde, la oscuridad se disipó con las llamas de la hoguera que el joven había encendido en la entrada.

—No es que haga un frío excesivo, pero vamos, el fuego tampoco estorba, me parece —dijo Potter cuando vio que la leña ardía satisfactoriamente.

—Sólo falta un pavo para asarlo en la lumbre —suspiró Paula.

—Por ahora, nos conformaremos con unos sorbos de agua. Maldita sea —se enojó el joven—. Ni siquiera pudimos salvar una lata de judías…

—Estamos vivos y eso es lo importante —contestó ella.

Potter frunció el ceño, mientras miraba al otro lado de las llamas. La lluvia seguía cayendo mansamente, con sordo susurro. Trillones de gotas de agua, se dijo, caían sobre trillones de tallos de hierba.

—Será mejor que procuremos dormir —dijo pasado un rato—. Los ciclos temporales de Mardonia son muy similares a los terrestres y, si mis informes no están equivocados tendremos luz alrededor de las seis de la mañana.

Durmieron apaciblemente, aunque Potter hubo de levantarse varias veces para reavivar la hoguera. Paula fue la primera en despertarse y se asomó a la boca de la cueva.

—¡Dios mío, qué maravilla! —exclamó, sin poder contenerse.

El sol estaba a punto de salir. No había una sola nube en el cielo. En el suelo se veían infinidad de gotitas de agua, que parecían otros tantos diamantes. La atmósfera, aun con humedad lógica, era clara, diáfana.

Potter se levantó a los pocos instantes.

—Bonito paisaje —comentó.

—Jamás había visto nada semejante —declaró Paula.

—Y, sin embargo, querías venderlo.

—Bueno, no conocía Mardonia, no sentía el menor interés por este planeta y, a fin de cuentas, podía obtener una suma que me librase de apuros para siempre. Era una acción legítima, me parece.

—Nadie lo pone en duda. Un día, sin embargo, me contarás la forma en que Mardonia llegó a tus manos.

—No puedo decirte mucho. Papa jamás fue demasiado explícito a este respecto. Sólo sé que me pertenecía y que poseía la documentación adecuada…

—Bueno, ya hablaremos en mejor ocasión. Paula, ¿qué te parece si intentásemos pescar algo para el desayuno?

—¿Con las manos?

—Espera un poco.

Potter agarró su fusil y se acercó a la orilla del río. Las aguas tenían una transparencia total y se veían sin dificultad los guijarros del fondo. Paula le contemplaba con curiosidad y, de pronto, le vio echarse el fusil a la cara y disparar un tiro.

Inmediatamente, Potter se adentró en el río y salió a poco con una cosa plateada en la mano, de la que brotaban algunos hilos de sangre.

—¿Has visto alguna vez cazar peces a tiros? —rió el joven satisfecho.

—Podrás contarlo a tus nietos algún día —dijo Paula, muy divertida.

—Tenemos hambre y no disponemos de tiempo para fabricar un venablo, como hacían antiguamente algunas tribus salvajes. Aparte de que la bala siempre es más rápida que la mano

—Ricky, no hables más y empieza a limpiar el pescado —le apremió la joven.

Potter sonrió.

—Si tanta hambre tienes, ¿por qué no estás ya avivando el fuego?

Paula no se lo hizo repetir dos veces y echó a correr hacia la cueva. Riendo silenciosamente. Potter se arrodilló en el suelo y, sacando el cuchillo de caza, empezó a limpiar el pez que, calculó, pesaba sus dos buenos kilos, suficiente para un buen desayuno.

* * *

El río, apreció Potter desde un altozano próximo, se desviaba hacia el Sur lo suficiente para caminar en sus inmediaciones. Por el momento, era su única fuente de comida, aparte de que podían reponer sus provisiones de agua.

—Tal vez nos desviemos una veintena de grados hacia el Oeste, pero, llegado el momento, giraremos hacia el Este y alcanzaremos el campamento de Jenks —dijo, para justificar su decisión, en el momento de reemprender la marcha.

—Ah, tiene un campamento…

—O algo parecido, supongo. Jenks y su banda no son tipos capaces de soportar incomodidades. Habrán montado un campamento por todo lo alto y, además, lo tendrán muy bien fortificado.

—¿Por qué, si nadie puede atacarles? ¿No considera Mardonia como algo de su propiedad?

—Paula, los tipos como Jenks nunca se fían de los demás. Y, por otra parte, aunque él proclame que Mardonia le pertenece, sabe de sobra que lo adquirió con trampas.

—Pero no tenía por qué saber que veníamos…

—Sólo murió Finney —repuso él—. Huggins está vivo, es su representante en la Tierra y Jenks no acostumbra a emplear tipos estúpidos.

—Lo cual quiere decir que Huggins le avisó…

—Exactamente. Y, por tanto, nos esperaba.

—Quizá nos crea muertos —apuntó ella, esperanzada.

—Tal vez, de momento, pero habrá enviado gente a investigar. Cuando vean que no hay restos humanos, se lanzarán a buscarnos como locos.

Paula se estremeció.

—¿Tendremos que combatir, Ricky? —preguntó, temerosa.

—No apuestes por la paz, porque perderías —respondió Potter significativamente.

CAPÍTULO VII

Cuatro días más tarde, cuando habían recorrido unos ciento cincuenta kilómetros, según cálculos de Potter, encontraron un afluente del río, cuya trayectoria seguía casi exactamente la dirección Sur.

Potter se acuclilló y arrancó un tallo de hierba, que masticó pensativamente.

—¿En qué estás pensando, Ricky? —preguntó ella.

—Ese afluente sigue hacia el Sur —murmuró Potter—. Pienso que nos hallamos a menos de sesenta kilómetros del campamento de Jenks. Es lógico pensar que lo hayan establecido en las inmediaciones de una corriente de agua.

—Por tanto, siguiendo su curso aguas arriba, daremos con el objetivo.

Potter asintió.

—Presiento que sí —respondió—. Tendremos, que cruzar al otro lado y luego encender una hoguera para secarnos.

—No hay prisa, Ricky.

—Cuando hayamos cruzado, cazaré unos cuantos pescados y los ahumaremos. Ya no quiero disparar más tiros, para que no puedan oír las detonaciones.

—Está bien —Paula suspiró—. El pescado alimenta, pero la dieta empieza a resultar monótona, ¿no te parece?

—Tenemos comida, que es lo que importa. Aunque ya me imagino que tú preferirías una buena pechuga de pav…

Potter se interrumpió de repente. Muy despacio, se puso en pie, con el tallo de hierba que mascaba sujeto por dos dedos. Lo miró unos instantes y luego escupió varias veces, enjuagándose la boca a continuación con el agua de la cantimplora.

Paula se extrañó de su actitud.

—Ricky, ¿qué te ocurre?

—Maldición —gruñó él a media voz—. Pues no estaba mascando «psicom»…

—¿Cómo?

—Ya lo has oído. —Potter pateó el suelo—. Toda la hierba que ves ante tus ojos es «psicom».

Ella se inclinó, agarró unos tallos y los mordisqueó. A los pocos segundos, puso los ojos en blanco.

—¡Sopa de rabo de buey! —exclamó—. Exquisita, Ricky.

Potter frunció el ceño. Arrancó un puñado de hierba y mordió un poco, pensando en un buen filete a la pimienta. El sabor acudió de inmediato a sus papilas linguales.

—Si no lo estuviera experimentando por mí mismo, no lo creería —dijo—. Elsa Sussex se sentiría aquí transportada al paraíso —añadió.

—¿Quién es esa individua? —preguntó ella.

—Oh, una conocida… Elsa fue la primera que me habló de la «psicom» y hasta quiso que la probase, pero, por fortuna, no lo consiguió.

—La hierba no es nociva y, además, puedes darle el gusto que prefieras —arguyo Paula.

—El doctor Laurel me habló de ciertas secuelas todavía no experimentadas lo suficiente, por lo que será mejor abstenerse de comida psicológica y continuar con la dieta de pescado. Anda, vamos a cruzar el rio y estableceremos el campamento.

—Bien, pero antes yo quiero darme un baño —dijo ella.

Potter no encontró objeciones. Llevaban ya bastantes días de marcha a pie y sabía que el contacto corporal con el agua la tonificaría bastante. Mientras ella se bañaba, reunió leña en grandes cantidades y luego empezó a preparar todo para el ahumado de los pescados.

Trabajó activamente. Al finalizar el día, había conseguido a tiros media docena de grandes peces, semejantes a salmones terrestres, ninguno de los cuales bajaba de los dos kilos. Luego de la cena, con la leña más seca, situó las grandes lonchas de pescado en una percha que había preparado adecuadamente y dio comienzo a la tarea de ahumado.

Paula le ayudaba sin remilgos. Su restablecimiento era total y ahora se veía una mujer fuerte y decidida, con el rostro tostado por los días pasados al aire libre. Había cambiado por completo y Potter se alegró de ello.

Por la mañana, buscó materiales y, con fibras y hojas grandes de árboles, preparó una bolsa para llevar las provisiones. Cuando terminó, era casi mediodía.

—Bueno, ahora me hace falta a mí el baño —dijo—. Si te parece, reanudaremos la marcha mañana al amanecer.

—No hay inconveniente —accedió ella.

Potter nadó durante largo rato en las aguas mansas y transparentes del río. En algunos puntos, la profundidad alcanzaba a varios metros y disfrutó del maravilloso espectáculo que se contemplaba al sumergirse hasta el fondo. Abundaban los peces y no parecían temer al gran ser blanco que se movía entre ellos.

De pronto cuando ya iba a ascender, tras una de sus inmersiones sintió que algo le tiraba del tobillo izquierdo

Se volvió rápidamente. Aunque con los labios juntos, Paula le miraba bajo el agua, sonriendo encantadoramente. Ella, de pronto, dio media vuelta y, se alejó con gran rapidez.

Potter sonrió para sí. El viejo juego de la atracción, pensó, mientras ascendía para tomar aire. Llenos los pulmones, se lanzó hacia abajo y alcanzó a Paula por la cintura con ambas manos.

La joven volvió la cabeza. Bajo el agua, sus bocas se juntaron en un impulso irresistible. Luego, estrechamente abrazados, iniciaron un lento ascenso hacia la superficie. Los cuerpos estaban juntos, desde las bocas a los pies y ella se había colgado de su cuello. Potter liberó un brazo y lo movió, para acercarse a la orilla. Paula se dejó llevar.

* * *

—¿Tenía que pasar? —preguntó ella a la mañana siguiente.

—Era inevitable. ¿Lo lamentas?

Paula sonrió. Estaban ya a punto de emprender la marcha y alargó una mano.

—Si tuviese que lamentarlo, no me hubiese sumergido en el río cuando tú te estabas bañando —contestó.

—Tendríamos que pensar en el futuro, ¿no te parece? —dijo Potter un poco más tarde.

—Es pronto todavía. Antes tenemos que solucionar cierto problema.

El joven asintió, a la vez que tendía la mirada hacia adelante. Sí, estaba el problema de Jenks y sus secuaces y no iba a ser de fácil solución.

—Todo saldrá bien, ya lo verás —vaticinó.

Continuaron la marcha. El afluente, aunque tenía un curso relativamente irregular, seguía casi siempre la dirección deseada. Cerca del mediodía, Potter dijo que al día siguiente tendrían a la vista el campamento de Jenks.

—¿Has ideado algún plan de ataque? —preguntó Paula.

—No. Desconozco cómo está instalado y, aunque sé que le acompañan un buen puñado de granujas, ignoro el número total. Ya pensaré en algo cuando conozca el terreno en que hemos de movernos.

Era una respuesta sensata, aprobó Paula mentalmente. Un poco más adelante, hicieron alto para descansar y tomar algún alimento. Potter apreció que el afluente corría ahora por un estrecho lecho más angosto, lo que aumentaba la rapidez de sus aguas. Además, las orillas empezaban a empinarse, al mismo tiempo que advertía cierta inclinación general del terreno.

—Estamos ganando altura —dijo.

—El suelo sube, ¿no?

Potter asintió. Después de reanudar la marcha, una hora más tarde, empezaron a adentrarse en una especie de cañón, cuyas paredes tenían una notable pendiente, aunque no demasiada altura. Pero la meseta que había a ambos lados se iba elevando gradualmente y Potter decidió subir a uno de los bordes para explorar el paisaje.

Volvió minutos más tarde.

—No hay novedad, aún no se ve nada —informó.

Siguieron andando. La vegetación se espesaba también. Ahora podían ver numerosos arbustos, de especies que les resultaban desconocidas y que, en ocasiones, dificultaban su marcha. Al mismo tiempo, el cañón se angostaba y en sus muros laterales empezaba a desaparecer la vegetación, dejando a la vista la roca desnuda.

Alrededor de las dos de la tarde. Potter, inesperadamente, advirtió cierto movimiento en un arbusto próximo.

—Quieta. Paula, no te muevas —ordenó en voz baja.

Ella se detuvo inmediatamente. Potter descolgó el fusil y quitó el seguro.

Los movimientos del arbusto habían cesado ya. Paso a paso, Potter se acercó, dando un pequeño rodeo. Súbitamente, vio algo verdoso.

Por un instante, sintió la tentación de hacer fuego, pero logró contenerse. El ser no parecía hostil, aunque sí un tanto amedrentado. Potter saltó hacia él y lo agarró por un brazo.

—¡Paula, ven! —llamó.

La joven acudió corriendo. Vio al prisionero y lanzó un grito de asombro.

—¡Dios mío! ¡Qué es «eso»!

* * *

Tenía forma humana, con cabeza, brazos y piernas, pero media escasamente un metro de altura. Las proporciones corporales estaban de acuerdo con su estatura. Su cuerpo era de color verdoso claro, con reflejos grises.

El ser poseía unas características realmente singulares. Las facciones apenas se distinguían, ocultas por una especie de velo que las cubría por completo. Era muy espeso y resultara difícil ver si lo que había debajo correspondía más o menos a un rostro humano. Con las manos y los pies sucedía algo parecido y casi no se podían ver los dedos de ambas extremidades.

Sin embargo, el ser no parecía hostil, aunque sí asustado.

Poner observó un ligero temblor en el menudo brazo que tenía en su mano.

—Tranquilízate —dijo—. No queremos hacerte daño.

Los ojos del hombrecillo le miraron a través del espeso velo que los cubría. Potter rozó con una mano aquel tejido y creyó notar que no era artificial, sino una peculiaridad orgánica, cuyo origen le resultaba imposible adivinar.

—Paula, ¿sabías tú que Mardonia estaba habitada? —preguntó.

—No, en absoluto.

—Parece lógico suponer que haya más seres semejantes. Puede que no lo sean en un alto grado, pero sí que tienen cierta inteligencia. ¿Sabes lo que significa eso?

—Dímelo, por favor —rogó ella.

—Si hay seres inteligentes aquí, el planeta les pertenece.

Paula se quedó sin aliento.

—Oh, no…

—Todo el planeta pertenece a sus habitantes. Las leyes actuales excluyen terminantemente el derecho de conquista. De modo que, primero: Jenks ya no tiene nada que alegar en cuanto a su propiedad; y, segundo: tú, tampoco.

—¡Pero yo tengo documentos que prueban…!

—Si había seres inteligentes cuando llegó tu antepasado, su propiedad resulta nula y, por tanto, todos los actos derivados de la misma, como herencias por testamento o por derecho de parentesco. Y, créeme, el gobierno del Octavo Sistema haría cumplir la ley.

—¡Menudo fracaso! —comentó ella, muy abatida

—De todas formas, no lo has perdido todo —dijo Potter.

—¿Tengo esperanzas?

—Quizá tu antepasado estableció de alguna forma un pacto con los nativos y éstos le cedieron una parte del territorio de Mardonia, bien en propiedad, bien en arriendo. En tal, caso, como su heredera, tendrías derecho *a* esos territorios, bajo las condiciones establecidas en el pacto.

—Sí, pero, ¿cómo saberlo?

Potter suspiró.

—Eso va a ser lo difícil —contestó—. Esta gente parece vivir de una forma muy primitiva y, como puedes comprender, la burocracia no es cosa que les preocupe. Sin embargo, queda la tradición oral.

—Leyendas transmitidas de generación en generación y de viva voz.

—Exactamente.

—¿Es un procedimiento admitido por las leyes galácticas?

—Con los debidos contrastes en cuanto a su autenticidad, sí: y la sentencia, en tal caso, es tan efectiva como si se basara en una tonelada de papel sellado.

—Bueno —suspiró la joven—, habrá que preguntarle a este chico. —Se acuclilló frente al nativo—. ¿Puedes hablar? ¿Entiendes nuestro idioma?

E1 hombrecillo no cambió de expresión. Se adivinaba la boca bajo la tela que la cubría, pero no la abrió en ningún instante.

—Probablemente, capta sonidos, pero no los identifica como palabras inteligibles —supuso Potter.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Probaremos el lenguaje de los signos.

Potter se situó frente al nativo, que ahora parecía muy tranquilo, y empezó a mover las manos, tratando de hacerle ver sus deseos de saber cuántos eran y si tenían algún poblado cerca. Pero la actitud del hombrecillo no varió en absoluto.

—Estamos fracasando. Ricky —dijo Paula amargamente.

—No desesperes. El ya no nos teme. Tarde o temprano, acabaremos por entendernos.

Potter miró a derecha e izquierda y acabó por descubrir un trozo arenoso junto al arroyo.

—Dibujaré figuras con un palito —sonrió—. Los signos gráficos siempre resultan más inteligibles.

Se separó de los dos y caminó unos pasos. De repente, oyó un grito de Paula.

—¡Ricky!

Potter se volvió. El nativo parecía haber salido de su estado de inmovilidad y hacia unos extraños gestos con ambas manos.

—¿Qué está diciendo, Ricky? —preguntó la joven.

Potter frunció el ceño. De pronto, creyó adivinar.

—Hace gestos, como si tuviera un fusil…

Súbitamente, el indígena dio media vuelta y echó a correr. Moviéndose con agilidad increíble, escaló las casi verticales paredes del cañón y desapareció de la vista de los terrestres antes de que éstos tuviesen tiempo de reaccionar.

—¡Cielos, qué velocidad! —se asombró Potter.

De pronto, notó en su brazo las uñas de Paula. Con la otra mano, ella señalaba hacia un punto situado aguas arriba, donde el cañón se hacía mucho más estrecho. Potter siguió con la vista la dirección que ella le indicaba y entonces divisó el vehículo que asomaba por la curva que había a unos doscientos cincuenta metros de distancia.

CAPÍTULO VIII

Parecía un antiguo blindado terrestre, aunque con grandes ruedas balón, en lugar de orugas. La torreta estaba abierta y por ella asomaba la mitad del cuerpo de un hombre, que exploraba el terreno con ayuda de unos prismáticos.

En la parte anterior de la torreta se veían dos largos y delgados cañones de negro acero. Si aquel blindado pertenecía a Jenks, pensó en fracciones de segundo, no cabía duda de que «Barbarroja» se había prevenido adecuadamente contra cualquier intento de expulsarle de aquel planeta.

Los ocupantes del vehículo les vieron y la torreta empezó a girar amenazadoramente.

—¡Corre, Paula!

Ella no se hizo rogar. Un segundo más tarde, los dos cañones escupieron largas líneas luminosas, con enorme rapidez. Los chasquidos de los disparos se confundían con los silbidos de los proyectiles y las subsiguientes explosiones.

Repentinamente, el cañón se convirtió en un infierno. Durante unos segundos, el suelo tembló violentamente, mientras se alzaban enormes conos de humo y polvo. Potter y Paula consiguieron ganar una grieta entre las rocas y, agachados allí, soportaron como pudieron aquella tormenta de fuego y metralla, que les aturdió y ensordeció durante unos momentos interminables.

El fragor cesó de pronto. Entonces, los cañones dispararon otra clase de proyectiles. Poner vio pasar unos largos chorros de llamas, que caían al suelo y abrasaban cuanto tocaban. El silbido de los proyectiles incendiarios era oscuro, aún más horrible que el de las granadas.

Paula no se atrevió a hablar. Al cabo de unos segundos, cesó el ataque.

Potter asomó un ojo entre dos ramas. El blindado estaba a unos doscientos metros de distancia. Sus ocupantes aguardaban sin duda a que se disiparan el humo y el polvo de las primeras salvas.

—Voy a ver si les doy una lección —dijo, a la vez que preparaba el fusil

—Ricky, tus balas no servirán de nada…

—Traje un cargador con proyectiles explosivos para disparar contra animales de gran tamaño. Quizá consiga algo —contestó él resueltamente.

Cambió el cargador, puso el nuevo con seco golpe, tiró del cerrojo y asomó el cañón por las ramas. El blindado había reanudo la marcha de nuevo, aunque era evidente que sus tripulantes se sentían inquietos, al no ver rastros de las personas a quienes habían intentado exterminar

Potter disparó una ráfaga de seis u ocho proyectiles, tiro a tiro y corrigiendo la puntería a cada disparo. La primera bala explotó con seco chasquido contra la coraza de la torreta y el hombre se escondió de inmediato.

Torció el gesto. Quizá, las ruedas…

Rectificó la puntería y alcanzó una de las ruedas directrices. Vio el impacto, pero, frustrado, vio que la goma continuaba intacta.

—No sirve —admitió, cesando el fuego, para ahorrar municiones.

Los cañones dispararon de nuevo dos salvas, explosivas e incendiarias. El barranco volvió a llenarse de humo y fuego. La roca, sin embargo, resultó protección suficiente contra la pareja.

Pero el blindado continuaba ganando terreno. Desesperado, Potter se dio cuenta de que, apenas les viesen, los destrozarían con un par de disparos. La única solución tal vez era trepar a lo alto y disparar de arriba abajo contra la torreta sin coraza superior.

Empezó a mirar a su alrededor, buscando el camino más apropiado. Paula se asomó un instante y vio al vehículo ya a menos de cincuenta pasos de distancia.

—Ricky, los tenemos encima —gimió.

Potter se colgó el fusil y alargó las manos hacia un saliente superior.

—Sígueme —ordenó.

En el mismo instante, se oyó un extraño sonido.

Era un silbido de tonos graves, como el producido por una enorme masa que cruzase la atmósfera a gran velocidad. El silbido terminó con un horrible estruendo de planchas de metal golpeadas con indescriptible violencia.

Potter se soltó del saliente. Asombrado, volvió a mirar a través de los ramajes.

El blindado se había detenido. Una de sus ruedas aparecía completamente torcida por aquel misterioso impacto. El artillero, sin embargo, hacia girar velozmente su torreta, a fin de disparar contra sus nuevos atacantes.

Algo surgió de pronto sobre la otra pared del barranco y descendió a toda velocidad, tras una veloz parábola. Pasmado de asombro, Potter vio el enorme pedrusco, más grande que su cabeza, romper contra la coraza lateral del blindado, que se levantó sobre las ruedas del lado opuesto, como si fuese a volcar.

La torreta concluyo su giro. Entonces, cayó otra piedra y dobló uno de los cañones como si fuese de cera. Fue un impacto terrible y la torreta resultó desencajada de su collar de tiro.

El conductor pareció ver perdida la partida y empezó a retroceder, para virar en un lugar apropiado y escapar. Otro pedrusco, casi tan grande como la mitad de un cuerpo humano, cayó con terrible impacto sobre el interior de la torreta.

Se oyó un espantoso aullido, muy corto, sin embargo. Luego, el vehículo se quedó quieto.

Potter y la joven se sentían atónitos, sin tener la menor noción del origen de aquellos proyectiles primitivos. Una cosa parecía cierta: los ocupantes del blindado estaban fuera de combate.

Al cabo de unos minutos, Potter se decidió a abandonar su refugio.

—Espérame, Paula.

Descendió con gran cuidado y, con el fusil prevenido, avanzó hacia el vehículo, en el que se advertían claramente las señales de los impactos. Llegó junto al blindado, trepó por uno de los costados y se asomó a la torreta.

El espectáculo le dio náuseas. Sólo habían ocupado el blindado dos hombres, pero aparecían destrozados por el último proyectil.

Aquellos cuerpos eran un informe amasijo de carne y huesos machacados y mezclados con su propia sangre. Sin embargo, Potter pudo identificar a los dos sujetos.

—¡Ven, Paula! —llamó.

La joven corrió hacia él. Potter saltó al suelo.

—Eran hombres de Jenks —dijo.

—¿Los conocías? —preguntó ella.

—Had Schusnig y Troy Galton. Oficialmente, pertenecían al personal

de investigación de la agencia de Jenks. De un modo menos oficial, eran sus esbirros, capaces de cumplir cualquier orden, incluyendo el asesinato de personas.

Paula señaló el blindado.

—Eso significa que no estamos muy lejos de su campamento —dijo.

—Menos de un día de marcha —contestó él—. Pero me preocupa el origen de estos proyectiles tan primitivos. ¿Quién los disparó?

Potter miró hacia el otro lado del barranco. De pronto, echó a andar con paso firme. Cruzó el arroyo, trepó al borde del muro opuesto y paseó la mirada por el panorama que se divisaba desde allí.

El terreno parecía infinitamente llano, con ligeras ondulaciones. Aquellos enormes pedruscos habían sido disparados mediante algún procedimiento que no acababa de entender, pero, en todo caso, no se divisaba ninguna máquina, ni tampoco el menor rastro de seres humanos.

Regresó junto a Paula.

—No se ve nada —dijo.

Había una piedra junto al blindado y la rozó con el pie.

—Al menos pesa media tonelada —añadió—. ¿Te imaginas los efectos de un impacto de quinientos kilos de roca viva, lanzados a cientos de kilómetros por hora?

—Lo extraño es que las planchas hayan resistido —contestó ella.

—Así se explica que mis balas explosivas no sirvieran para nada. Pero ¿quién lanzó los pedruscos?

—Ricky, no te devanes más los sesos —aconsejó Paula—. Una cosa es cierta: el autor de los lanzamientos tenía una puntería terrible. Y. además, nos salvó de la muerte.

Potter asintió, mientras tendía la mirada hacia el lugar donde había aparecido el blindado.

—Jenks se va a asombrar muchísimo cuando lo sepa —murmuró.

—¿Piensas decírselo?

—En cuanto me lo eche a la cara, aunque, por supuesto, en las circunstancias propicias para nosotros —respondió él firmemente.

* * *

Remontó la pendiente de la pequeña loma y, casi en el acto, se tendió en el suelo. Paula le vio y se tumbó a su lado.

—Bien —suspiró él—, ahí lo tenemos.

El campamento de Jenks estaba a quinientos metros de distancia, en un lugar estratégicamente elegido. Había una enorme empalizada de troncos, que rodeaba una serie de construcciones hechas con ladrillos sintéticos y techo del mismo material.

Una alta torre dominaba todo el panorama. Aun a simple vista, era fácil divisar el centinela situado bajo la cúpula de la torre, provisto de unos prismáticos, que no cesaba la vigilancia un segundo.

En la torreta había una ametralladora pesada. Cerca de la entrada, se divisaba un profundo surco en el suelo, que iba desde el interior de lo que podía considerarse un auténtico fuerte, hasta el arroyo, situado a unos doscientos pasos, al pie de la loma en donde estaban las edificaciones. Potter adivinó inmediatamente su utilidad.

—Tubería de agua, para el suministro de líquido potable —dijo.

El gran portón estaba abierto de par en par. A unos mil metros de distancia, un vehículo se movía sobre la llanura, tripulado por dos hombres, uno de los cuales tenía un rifle, con el dedo constantemente en el gatillo.

La máquina tenía unos aditamentos especiales, que se movían de una forma peculiar.

—¿Qué hacen? —preguntó la muchacha.

—Recolección de hierba «psicom» —respondió Potter.

—Entonces, ¿era éste el motivo por el cual me robó el planeta? —preguntó Paula.

—Aunque no hubiese «psicom», un planeta es siempre algo que vale mucho, ¿no te parece?

—Sí, pero, ¿qué otros productos puede haber en Mardonia?

—Con toda seguridad, los mismos que en la Tierra. Oro, plata, hierro, carbón, petróleo… océanos llenos de rica pesca, hectáreas de fértil suelo cultivable… y animales por alguna parte, aunque no los hayamos visto. Pero, supongo, los animales domésticos de la Tierra se aclimatarían con gran facilidad…

—En suma, un rancho a escala planetaria, una mina también a la misma escala…

—Mardonia no tiene precio, incluso sin la «psicom». Pero ahora tendremos que aclarar varias cosas. Sobre todo, el problema de los nativos.

—Ese es problema que nosotros vamos a resolver muy pronto —dijo alguien súbitamente a espaldas de los jóvenes.

CAPÍTULO IX

Paula lanzó un grito de temor. Potter giró en redondo y soltó su rifle de inmediato, al ver que otro le apuntaba al cuerpo desde unos pasos de distancia.

El hombre que empuñaba el arma sonreía malignamente.

—Bien «Sagaz» —dijo—, al fin nos encontramos. Costó un poco, pero lo hemos conseguido, ¿no te parece? Potter contempló un instante el único ojo del sujeto que tenía frente a sí.

—Has acertado, Perry Itahi —contestó—. ¿Vas a matarnos aquí?

Otro hombre surgió de unos arbustos próximos. Era enorme, de dos metros veinticinco de estatura y ciento cuarenta kilos de peso, un auténtico gigante.

Paula se espantó al verle. El gigantesco individuo sonreía estúpidamente. Tenía el cráneo completamente afeitado, salvo un largo mechón de cabellos en la coronilla. Las manos padecían palas.

Un tercer hombre apareció inmediatamente. Era de buena estatura, delgado y rostro cetrino y ojos negros, que chispeaban con viveza.

—Paula, te presento a Perry Itahi, Nick Huss, alias «El tonelada, y Abul —dijo Potter sin perder la serenidad—. En pocas palabras, la plana mayor de la banda de piratas que dirige nuestro buen amigo Tom Jenks, también llamado «Barbarroja». Itahi se inclinó cortésmente.

—Señorita, es un placer verla de nuevo —dijo.

—Sí, la última vez, yo estaba atiborrada de «Ultraveritas» —contestó Paula secamente.

—¿Quién ha hablado de drogas? —rio Itahi con gran cinismo—. ¿Alguno de vosotros, muchachos —se dirigió a los otros dos—, ha oído mencionar alguna vez esa droga?

Huss contestó con un gruñido.

—Nosotros somos gente virtuosa —dijo Hjamar—. Jamás recurrimos a procedimientos reñidos con la ética.

—Salvo el asesinato y la mentira —exclamó Potter.

—Es «nuestra» ética —repuso el hindú riendo desaforadamente.

—Está bien. ¿Cuándo nos liquidan?

—No tengas tanta prisa, hombre —dijo Itahi—. El jefe quiere verte y hablar contigo y con la señorita Mardon. Como puedes comprender, le interesa ponerse al corriente de la situación, sobre todo, vista desde un ángulo distinto al suyo. Sobra tiempo para enviaros al infierno.

—Otros, me han precedido. Por ejemplo, Finney. Y también Schusnig y Gallón.

Itahi frunció el ceño.

—Salieron ayer y no han vuelto aún —dijo—. Tampoco han enviado un mensaje radiado…

—Están muertos —declaró Potter.

—¿Lo hiciste tú?

—No. Alguien bombardeó su blindado con piedras. No me preguntes quién lo hizo, porque yo tampoco lo sé.

Itahi torció el gesto.

—Los malditos nativos y su jefe… —De pronto, apretó los labios, como si temiera haber hablado demasiado—. Basta de charla —cortó—. Vamos al fuerte.

Hjamar hizo un ademán.

—Olvídense de las armas —dijo.

Potter y la joven se pusieron en pie. Itahi hizo un ademán.

—Nick, carga con ellos.

Huss se acercó a los prisioneros y extendió los brazos, para coger a ambos al mismo tiempo.

—No le resistas, Paula —aconsejó Potter.

Huss rodeó las dos cinturas, hizo fuerza y… los jóvenes rodaron por tierra.

—No lo entiendo —gruñó el gigante, rascándose la cabeza con perplejidad—. Perry, pesan mucho…

Itahi le dirigió un violento apostrofe.

—No sé qué diablos haces con nosotros, montón de carne —gruñó—. Tienes una apariencia terrible, pero no eres capaz de levantar una manzana del suelo. Vamos, camina, bestia; los prisioneros irán por su propio pie.

Potter se había levantado ya y sonreía.

—Sólo es fachada —murmuró—. Te lo dije, Paula; son muy blandos. Lo extraño es que hayan podido caminar quinientos metros, sin usar un vehículo.

Cuando llegaron al fuerte, el gigante parecía sin aliento, como si acabase de llegar, tras una caminata de decenas de kilómetros. Los otros dos ofrecían también un aspecto de gran fatiga, aunque se les veía en mejores condiciones que a Huss.

Un minuto después, quedaban encerrados en una habitación, con un minúsculo hueco para la respiración, de veinte centímetros escasos de lado y desprovisto por completo de muebles.

Antes de cerrar, Itahi dijo:

—Luego os traerán de comer. El jefe está ahora ocupado y no puede perder el tiempo en conversaciones con vosotros.

—Dale recuerdos de mi parte —sonrió Potter.

—Lo haré, descuida.

* * *

La puerta se abrió. Potter y Paula, sentados en el suelo, adormilados, se despabilaron en el acto.

—El jefe quiere veros —dijo Itahi.

Paula se puso de pie.

—Nos encerraron ayer por la tarde. Han pasado casi veinte horas. Desearía asearme un poco. No es mucho pedir, me imagino.

Itahi vaciló.

—Está bien, la acompañaré al baño. Tú, quédate aquí, ya vendré a buscarte —se dirigió al joven.

El tuerto volvió media hora más tarde.

—También tú puedes ir al baño. Ella está ya con el jefe —informó.

El aseo de Potter fue mucho más breve. Diez minutos más tarde, entraba en su despacho, amueblado sobriamente detrás de cuya mesa se hallaba Tom Jenks, con cara de pocos amigos.

—Ella no ha querido hablar —dijo, señalando a la muchacha, sentada frente a él.

—Ha hecho bien —aprobó Potter—. Soy su agente, cargo que incluye también las funciones de asesor. Pregúntame lo que quieras, Tom.

Jenks movió una mano.

—El hecho de que seáis un estorbo, no me impide ser también cortés —dijo—. Siéntate, «Sagaz».

—Gracias. Tom, ¿sabes que tienes perdida la partida?

—No. Todos los documentos están en regla.

—Eso es algo que tiene que discutirse ante los tribunales de Kjegstrom. Allí acudiremos las dos partes.

—Nunca podrás demostrar que los documentos fueron firmados bajo coacción.

—Lo demostraremos, a menos que nos mates, Tom

—Es que eso es precisamente lo que pienso hacer —respondió Jenks fríamente.

Paula contuvo el aliento

—¿Será capaz…?

—No lo dude, señorita. Sin embargo, antes me interesa conversar con ustedes. Necesito saber cómo está la situación

—Para ti, pésima. Esos documentos serán refutados en su momento. Y, aunque nos mates, no supondrás que no somos tan tontos como para haber dejado ningún rastro detrás de nosotros —dijo Potter.

—No me vengas con fábulas…

—A estas horas, seguramente, nuestro abogado ya está en Kjegstrom, planteando la demanda de nulidad de propiedad de Mardonia. Como puedes comprender, si nosotros estamos aquí, es para conseguir informes suplementarios, que nuestro abogado pueda añadir a sus alegatos. Pero la demanda, puedes creerme, ha sido ya presentada.

—No prosperaría en ningún caso —bramó Jenks.

—Aunque nos maten, tendrás que acudir al tribunal de Kjegstrom. Eso es algo que no conseguirás eludir, por más trucos que puedas emplear. Pero tampoco es todo.

—¿Hay más? —resopló «Barbarroja».

—Los nativos.

Sobrevino un espacio de silencio. Los ojos de Jenks estaban fijos en el rostro de su interlocutor.

Al cabo de un momento, carraspeó.

—Los nativos no son obstáculo. Conseguiré firmar un pacto con ellos dijo.

—No parecen muy propicios a ello, Tom.

Jenks lanzó una maldición en voz baja.

—He intentado la aproximación, pero nunca lo he conseguido… Te

lo aseguro, Potter, he hecho todo lo posible, pero mis esfuerzos no han dado el resultado apetecido.

—Siempre fuiste poco diplomático, Tom —rió el joven—. Primero golpeas y luego, si el otro cede, te quedas con lo suyo. Las disculpas, después, claro. Pero ese sistema no sirve en Mardonia.

—Son bestias, no tienen inteligencia apenas…

—Con un mínimo de inteligencia, son los dueños del planeta. Cualquier tribunal fallaría contra ti y tú lo sabes —dijo Potter.

Jenks adelanto el torso.

—Intentaré conseguir su benevolencia una vez más. Y si fracaso… bueno, lo primero que tengo que hacer es quitar de en medio al misterioso hombre terrestre que los guía y que les anima constantemente contra nosotros.

Paula parpadeó.

—¿Un terrestre con los nativos? ¿Quién es?

—No lo sé, nunca hemos conseguido verle de cerca y tampoco muchas veces. Siempre se escabulle y los nativos le siguen con fidelidad perruna.

—Tom, ¿no estás contándonos una de tus fábulas? ¿Un terrestre, jefe de los mardonitas, guiándolos al combate? —se burló Potter.

El puño de Jenks golpeó la mesa violentamente.

—¡Digo la verdad! —tronó—. Es más, en ocasiones, hemos encontrado mensajes escritos sobre trozos de corteza de árbol, amenazándonos con el exterminio total, si no abandonamos el planeta. —El enorme pelirrojo se golpeó el pecho con ademanes enfáticos—. Pero Mardonia es mío y no lo abandonaré por nada del mundo

—Sin duda, por la «psicom», ¿verdad?

—No es sólo esa hierba, que cada día tiene más aceptación y se paga a peso de oro. Hay otras riquezas en este planeta… Pero, ¿para qué seguir hablando? *Ya* sé lo suficiente y no os necesito más.

—Tom —dijo Potter, tratando de ser persuasivo—, en tu lugar, yo abandonaría Mardonia de inmediato. Te guste o no, tendrás que acudir a los tribunales y serás desposeído de tu propiedad y condenado a indemnizar a Paula…

—Si está muerta, le haré un buen mausoleo —rió Jenks desaforadamente.

—Ricky —dijo ella de pronto—, no te molestes más. Es inútil seguir insistiendo. Déjalo que se hunda con su propio barco. En lo que a mí se refiere, no pienso rogar más por mi vida. Tengo mucho miedo a morir

—añadió ella orgullosamente—, pero no quiero acabar sollozando y pidiendo una compasión que me van a negar.

Jenks contempló a la muchacha con admiración.

—Es muy valerosa, pero, créame, no tengo más remedio que…

Bruscamente, alguien entró en el despacho. Jenks se enfureció.

—Perry., condenado, no me interrumpas…

Itahi parecía muy agitado y corrió a decirle algo a su oído. Jenks hizo un gesto de asentimiento a los pocos instantes.

—Muy bien —dijo—, lo pospondremos un rato. Llévatelos a su encierro y procura que no los vean.

—De acuerdo, jefe.

Itahi sacó una pistola.

—Vamos, andando, al calabozo —ordenó.

* * *

La puerta se cerró tras ellos. Paula se sentía llena de perplejidad.

—¿Qué habrá pasado, Ricky?

Potter no contestó. También intrigado, como la joven, se acercó al ventanuco y tendió la vista al exterior. Entonces, con gran asombro, descubrió una astronave a unos doscientos metros de la empalizada.

—Han llegado visitantes —anunció.

Paula corrió a su lado.

—¿De dónde? —murmuró.

En aquel momento, vieron un grupo de hombres, armados, extrañamente ataviados con largas casacas de color azul y dorado. Otro, aún más lujosamente vestido, marchaba al frente de la comitiva, compuesta por una veintena de individuos.

Jenks salió al encuentro de los recién llegados y saludó al jefe. Este se volvió y habló con uno de los que le seguían. Inmediatamente, los miembros del séquito se esparcieron por todo el campamento, situándose en los lugares más estratégicos, con las armas a punto.

Potter advirtió que eran fusiles iónicos, que disparaban descargas de luz sólida. Por lo visto, el recién llegado no se fiaba demasiado de Jenks y su banda.

Uno de los soldados se acercó al edificio, situándose a pocos pasos del ventanuco, sin advertir por el momento su existencia. Aquello hizo concebir una idea al joven. Quizá la inesperada llegada de los viajeros podía ayudarles a solucionar la difícil situación en que se encontraban.

Siseó con fuerza.

—Eh, tú… —llamó.

El soldado se volvió, asombrándose de ver un rostro humano al otro lado de aquel pequeño hueco.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—¿Puedes decirme qué haces aquí? Si no es un gran secreto…

—No, no lo es. Pertenezco a la escolta del noble señor Iphktor, de Hallidanus, quien ha venido aquí para tratar de la compra de este planeta. ¿Te satisface la explicación?

Potter sonrió.

—De modo que el noble Iphktor, de Hallidanus, quiere comprar Mardonia —dijo.

—Si las condiciones le agradan, lo comprará.

—Me parece que no —contestó el joven—. Amigo, procura hablar con tu señor o haz que lo haga quien tenga acceso a él. Iphktor debe saber que Mardonia ya tiene dueño, o dueña, mejor dicho. Paula, asómate para que te vea este buen muchacho.

El rostro de la joven se hizo visible para el soldado. Potter vio en su rostro un ligero desconcierto.

—¿Es verdad que eres la dueña de Mardonia? —preguntó el forastero.

—Tengo documentos que lo prueban, aunque no a mano —respondió Paula—. Además, Jenks nos ha encerrado aquí, para asesinarnos en cuanto os hayáis marchado o en el momento en que nadie pueda verlo. Por favor, habla con Iphktor. Soy la dueña de Mardonia… Tal vez Jenks lo niegue, pero haz que tu noble señor nos permita hablarle.

—Y lo que Iphktor ignora también, sin duda —añadió Potter—, es que hay nativos inteligentes en Mardonia y que incluso la propiedad del planeta puede ser discutida contra ella.

El soldado vaciló todavía un instante. Pero no tardó mucho en tomar una decisión.

—Está bien —dijo al cabo—. Haré que mi señor se entere de lo que sucede. Si no le hablase de vosotros, podría enojarse aún más conmigo y eso no me gusta en absoluto.

El hombre desapareció en el acto. Paula, entusiasmada, tendió la mano al joven.

—Chócala, Ricky —dijo, con radiante sonrisa—. Has tenido una idea magnifica. Estoy segura de que Iphktor no consentirá que ese granuja se

deshaga de nosotros.

—Eso espero yo también —contestó él, muy satisfecho—. Al bribón de Jenks se lo llevarán los demonios, pero no me importa absolutamente nada.

Volvió los ojos hacia la abertura y tendió la mirada a lo lejos.

—Jenks —añadió lentamente—, ha mencionado a un terrestre que guía a los nativos. Me pregunto quién podrá ser ese individuo.

—Sinceramente, no tengo la menor noción al respecto —contestó Paula.

CAPÍTULO X

Diez minutos más tarde, vieron que se producía un gran revuelo en el patio.

Iphktor salió de la casa, seguido de Jenks, que suplicaba con vehemencia. Iphktor se volvió y le pegó un puñetazo que lo tiró por tierra.

Itahi hizo un movimiento. Varios fusiles iónicos le apuntaron en el acto. El tuerto levantó las manos instantáneamente.

Iphktor se marchó, seguido de su cohorte de soldados. Potter, al verlo, hizo un gesto de decepción.

—Vaya una manera de mostrarnos gratitud, por haberle salvado de una colosal estafa —se quejó.

—A mí me parece que Iphktor tampoco es trigo limpio. Seguramente, no querrá compromisos y, por dicha razón, ha optado por la vía más cómoda, esto es, ignorar nuestra existencia.

—Si intentase libertarnos, tendría que llevarnos fuera de Mardonia y eso podría causarle luego problemas, ya que parece que ha venido aquí subrepticiamente —convino el joven.

La nave levantó el vuelo a los pocos momentos. Casi en el acto, Paula observó cierto movimiento en el patio.

—Ricky, ya vienen —anunció.

Potter lazó una mirada a través de la abertura. Ceñudo, Jenks, seguido de sus secuaces, avanzaba hacia el edificio.

—Itahi, Hjamar, Huss y Rico Fellet —identificó Potter—. Paula, espero que no te dejes llevar al matadero como una oveja.

—¿Qué debo hacer? —consultó ella resueltamente.

—Te dije que son muy blandos. Lucharemos hasta el límite de nuestras fuerzas.

—Bien, de acuerdo.

—Yo iniciaré la pelea, cuando llegue el momento. Hasta entonces, no hagas nada.

—Perfectamente, Ricky.

La puerta se abrió segundos más tarde. Jenks apareció en el umbral, con los ojos centelleantes de rabia.

—Me has estropeado un buen negocio. Potter —gruñó.

—Ahora lo lamento. Iphktor no es lo que se dice un hombre agradecido. ¿Cuánto pensabas sacarle?

—Seiscientos millones…

—Entonces, ¿no pensabas quedarte con Mardonia?

—Yo me reservaría la explotación de la «psicom». El resto del planeta hubiera sido suyo.

—Me parece que Iphktor es de tu misma calaña —sonrió el joven—. Pero, de todas formas, eso ya importa poco. Tom, ¿qué piensas hacer con nosotros?

—No quedará rastro de ninguno de los dos —aseguró el pelirrojo.

Paula se puso pálida.

—¿Nos va a incinerar? —preguntó.

—Haré algo mejor. La hierba que exporto va en balas de cinco toneladas de peso, altamente comprimida por la empacadora y en unas cajas especiales, cuyo volumen apenas llega al medio metro cúbico. Las empacadoras reducen enormemente el volumen de la hierba… y de los cuerpos humanos

Potter se estremeció.

—Nos echarás vivos a la máquina —dijo.

—Y luego, eso que quede será lanzado al espacio, a través del expulsor de desperdicios. Convertidos en partículas microscópicas, nadie encontrará jamás el menor rastro de vosotros dos —aseguró Jenks con siniestro acento.

Hubo un momento de silencio. Potter se dio cuenta de que ya no podía demorar la acción un segundo más.

Súbitamente, lanzó un alarido estridente.

—¡Paula, al ataque!

* * *

Potter consiguió sorprender a Jenks, alcanzándole con un derechazo en

la mandíbula, que lo arrojó contra la pared opuesta. El corredor era bastante angosto y los secuaces del sujeto tenían bastantes dificultades para moverse.

Huss, el gigante, trató de situarse a espaldas del joven para golpearle con los puños, pero Paula dio un salto y, agarrando el mechón de cabellos con ambas manos, tiró hacia atrás con todas sus fuerzas.

Se oyó un inhumano rugido¯ de rabia. Huss cayó de espaldas, perneando furiosamente. Paula se preguntó si el descomunal individuo sería tan blando como aseguraba Potter. Lo comprobó un segundo después, al dejarle sin conocimiento de un puñetazo en la mandíbula que, se dijo, no habría derribado a un muchacho de doce años.

Mientras, Potter peleaba ferozmente con los esbirros restantes. Fellet salió despedido con violencia, al recibir un tremendo directo en la mandíbula.

Hjamar quiso atacarle y él le asestó un golpe de revés, que lo tiró contra Jenks, quien ya empezaba a incorporarse. El hindú, sin embargo, era ágil y se levantó de inmediato, esquivando un nuevo golpe de Potter.

Fellet dio un rodeo para atacar al joven por la espalda. Entonces, sintió que le tocaban en el hombro.

—Eh, mire aquí…

Fellet se volvió. Un puño se hundió primero en su estómago. El otro le aplastó las narices. Aulló y se retiró de la pelea momentáneamente.

Jenks había conseguido levantarse. Potter le arreó dos puñetazos seguidos que lo dejaron casi sin sentido. Hjamar cargó contra él, con la cabeza gacha, pero el joven se apartó a un lado. Cuando pasaba rozándole, lo agarró por el cuello de la camisa y los fondillos de los pantalones, y lo proyectó a cinco o seis metros de distancia.

—¡Paso libre, Paula! —gritó Potter alborozadamente.

Alargó la mano y asió la de la joven. Juntos, se lanzaron fuera del edificio, para detenerse en el umbral de la puerta, sin atreverse a dar un solo paso más.

Itahi estaba frente a ellos, apuntándoles con un fusil iónico. En sus labios lucía una perversa sonrisa de triunfo.

—No me obliguen a quemarles —dijo—. Me privarían de un espectáculo de verles pasar por la empacadora y eso es algo que no quiero perderme por nada del mundo.

Potter inspiró profundamente. Durante un segundo, calculó sus posibilidades. Itahi, a cinco metros, adivinó sus pensamientos en el acto.

—Ni lo intente, Potter —añadió—. Le freiría antes de que diera el segundo paso.

—Siempre fuiste el más listo de la banda —contestó el joven—. Sabias lo que iba a pasar, ¿verdad?

—Me figuré que no te rendirías sin lucha. Tienes razón, nuestros músculos están poco desarrollados. Pero la inteligencia sigue funcionando con plena actividad.

—Lo cual no os librará de la derrota total.

—En todo caso, tú no podrás verlo. ¡Jefe! —Itahi alzó la voz—. ¿Se encuentra bien?

—Ya…, ya voy —jadeó Jenks.

Momentos después, cuatro sujetos maltrechos salían a la explanada. De no haber sido por la crítica situación en que se encontraban, Potter se habría puesto a reír al ver el aspecto que ofrecían Jenks y sus esbirros.

Pero el momento no era el más adecuado para el humor. Jenks se pasó el dorso de la mano por la boca, escupió al suelo y luego vomitó una orden:

—¡A la empacadora! ¡Ahora mismo!

Itahi movió el fusil.

—Vamos, ya han oído —exclamó—. ¡Caminen!

Potter cambió una mirada con la joven. Ella apretó su mano.

—Será rápido, espero —dijo valerosamente.

Potter aún no se daba por vencido. Estaba tornándose un descanso. En cuanto se repusiera un poco, volvería a la carga, arrostrando el riesgo del fusil iónico de Itahi.

Avanzaron unos veinte pasos, hacia una máquina que se veía en uno de los extremos del recinto, inesperadamente, se oyó un silbido atroz.

Todos volvieron la cabeza hacia el lugar de donde procedía el horrible sonido. Potter fue el primero en ver la masa oscura que cruzaba el espacio a gran velocidad.

Alguien lanzó un terrible grito. La roca terminó su descenso en la torreta de vigilancia, deshaciéndola en millares de astillas, mientras su ocupante salía despedido a enorme distancia. Potter empezó a considerar seriamente sus esperanzas de salvación.

* * *

Otro colosal pedrusco llegó aullando y convirtió en ruinas el calabozo

en que habían estado prisioneros los dos jóvenes hasta aquel momento. Itahi, aturdido, parecía incapaz de reaccionar y Potter no le dejó que lo consiguiera.

La mano izquierda desvió el cañón del arma. El puño derecho alcanzó de lleno al menudo individuo, haciéndole volar unos metros por el aire, antes de caer como una masa al suelo.

Potter se revolvió velozmente, con el fusil en las manos, pero entonces, asombrado, se dio cuenta de que no tenía enemigos a los que amenazar. Jenks y sus esbirros huían despavoridos, dispersos, olvidados por completo de ellos.

Al mismo tiempo, otros individuos salían de los distintos edificios del fuerte y trataban de alejarse a la carrera, huyendo de aquella catástrofe contra la que no disponían de armas efectivas. Un nuevo proyectil llovió de las alturas.

Chocó contra el suelo, rebotó y, por efecto de la inercia, siguió su trayectoria, rodando sobre la tierra, con enorme velocidad. Huss corría desesperadamente, pero no pudo evitar ser alcanzado por la roca, que le hizo dar una tremenda vuelta en el aire. Cuando cayó al suelo, se quedó inmóvil.

Más piedras llovían de las alturas, bombardeando despiadadamente el fuerte y todas sus instalaciones. Dos gigantescas rocas cayeron sobre la empacadora, convirtiéndola en un amasijo de hierros inútiles.

Otra se desplomó sobre el cañón de tubos múltiples, con el que Jenks había destruido la astronave de la pareja. Hubo un agudo estallido, una cegadora llamarada y el arma voló en mil pedazos.

Potter y la muchacha corrían agachados, tratando de evitar aquella feroz lluvia de primitivos obuses. Roca tras roca, continuaron cayendo implacablemente sobre el campamento, demoliéndolo todo a conciencia. En alguna parte, había un fuego encendido y sus llamas se propagaron a las maderas que entraban en buena parte en la construcción del fuerte. Las primeras columnas de humo empezaron a alzarse en la clara atmósfera del mediodía mardoniano.

Potter y Paula habían conseguido ganar el campo abierto y se tendieron en una leve grieta del suelo, a unos quinientos metros del campamento. Desde allí, contemplaron el final del bombardeo.

La cosechadora recibió también dos impactos y quedó hecha trizas. El bombardeo duró algunos minutos, hasta que, de pronto, sobrevino la calma, cuando el fuerte no era ya más que un montón de ruinas y en trance de desaparecer, consumido por el fuego que se propagaba con

gran rapidez.

De Jenks y su banda no había el menor rastro. Aterrados por el inesperado ataque, se habían dispersado y no se veía un solo granuja. Potter se puso en pie.

—Deberíamos salir al encuentro de los nativos —propuso.

—¿Tú crees? —dijo ella, aprensiva.

—Una cosa es segura: Jenks y los suyos les molestan. Nosotros, por lo menos, no les hemos hecho daño. Quizá consigamos entablar relaciones amistosas con ellos. Al menos, debemos intentarlo.

—Está bien. Vamos, Ricky.

Echaron a andar. Potter, por precaución, no soltaba el fusil iónico. Para orientarse, se guiaba por la brújula, ya que se había fijado en la dirección de donde llegaban los proyectiles de piedra.

Un cuarto de hora más tarde, iniciaron el descenso por una suave pendiente que conducía al cañón por cuyo fondo corría el riachuelo. En el mismo momento, presenciaron un espectáculo sorprendente.

Un hombre y una mujer aparecieron en el borde del barranco, seguidos por una numerosa tropa de nativos. Potter, para dar a entender sus intenciones de paz, tiró el rifle a lo lejos y levantó una mano.

—Queremos ser vuestros amigos —dijo con voz alta y clara.

El hombre sonrió.

—Lo celebro —contestó. Y agregó—: Soy John Philip Mardon, descubridor de Mardonia.

CAPÍTULO XI

Paula oyó aquellas palabras y sintió que se le abría la boca involuntariamente. Las piernas le flaquearon.

—No, no puede ser… Usted… tú no eres el tatarabuelo mío… Murió hace muchos años…

Mardon alzó las cejas.

—¿Eres la hija de Roger Mardon? —preguntó.

—Sí… —Paula se pasó una, mano por la frente— Pero no entiendo…

—Convendría que hiciéramos las presentaciones —sugirió el joven —. Me llamo Potter, Ricky para los amigos.

Mardon sonrió.

—Ella es Tana Lohs. No estamos casados, pero aquí, en Mardonia, ciertos trámites sobran. Aunque, si bien se mira, celebramos el matrimonio según los nativos, lo cual confiere plena validez a la ceremonia.

—¿Cómo están? —sonrió la mujer.

Potter estudió a la pareja. Ciertamente, Mardon era ya viejo, puesto que tenía el pelo y la barba completamente blancos, pero se conservaba todavía fuerte, robusto y erguido. Tana aparentaba unos cincuenta años temporales, lo que le dijo que debía tener setenta y cinco, como máximo. Sin embargo, se la veía aún muy hermosa y sumamente atractiva. Ambos iban vestidos someramente con sendos trozos de tela en torno a las caderas y Tana, además, se cubría los pechos con lo que parecía un peto fabricado con fibras vegetales.

—Encantados y no digamos, sorprendidos —contestó, tras una corta pausa—. Pero nos gustaría saber…

Mardon movió una mano.

—Abajo, en el barranco —dijo—, tenemos comida preparada.

—¿No temen que Jenks y los otros contraataquen?

—Ya no volverán a molestarnos —aseguró Mardon enfáticamente—. ¿Vamos?

Tana tendió una mano a la joven. Paula, todavía aturdida, se dejó llevar.

Al asomarse al borde del barranco, Potter vio algo que le hizo dudar de sus sentidos.

Había allí cuatro catapultas, semejantes en todo a las usadas en tiempos anteriores a la invención de la pólvora y Potter pudo apreciar claramente lo ingenioso de su construcción y la potencia de sus muelles, pero lo que más le sorprendió fue ver a cientos de nativos moviéndose aceleradamente para despiezar las catapultas, cosa que realizaban con precisión de relojeros.

Un poco más allá, divisó cuatro grandes carros de madera, en los que todavía quedaban algunas piedras. Había otros cuatro y supuso que serían para cargar las piezas de cada catapulta. Mardon se percató de su sonrisa y movió una mano.

—La diseñé yo cuando me percaté de que Jenks y su banda de bastardos no estaban dispuestos a abandonar Mardonia. Me costó bastante, pero al fin lo conseguí y, no podrás negarlo, han resultado ser armas sumamente efectivas.

—Ellos disponían de un cañón de largo alcance, seguramente con detector orgánico. ¿Por qué no les atacaron?

—Primero, no tenían ese detector, sólo detector de masas metálicas. Por tanto, no podían descubrir nuestros escondites, si no usábamos absolutamente un gramo de metal —contestó Mardon.

—Y los nativos le obedecen…

—Admiten mis sugerencias, que no es lo mismo. Yo procuro que sigan como hasta ahora. En tantos años, he llegado a ganarme su confianza, debo admitirlo.

—Muchos años me parecen —dijo Potter.

—Bueno, teniendo en cuenta que nací en dos mil setecientos noventa y uno, sí, son unos cuantos años.

Potter miró estupefacto a su interlocutor. Estaban en dos mil novecientos setenta y cuatro. El hombre que tenía frente a sí, contaba, por tanto, ciento ochenta y tres años.

Mardon sonrió. Agachándose un poco, arrancó un puñado de hierba y se la enseñó al joven.

—El «psicom» hizo el milagro —dijo escuetamente.

La voz de Tana sonó en aquel momento, a treinta pasos de distancia:

—¡Eh, los hombres, la comida ya está lista! —anunció. Miró a la muchacha y sonrió—. También tenemos animales domésticos para mejorar nuestra dieta —añadió.

—Esto parece un pavo…

—«Es» un pavo —confirmó Tana alegremente.

* * *

Los nativos habían terminado ya de despiezar las catapultas y empezaban a marcharse con las carretas, tirada cada una de ellas por un centenar de individuos. Potter meneó la cabeza.

—Mardon, debería importar animales de tiro —sugirió.

—Estoy pensando en ello —contestó el hombre—. Pero ahora tenemos otros problemas que resolver.

—¿La propiedad de Mardonia?

—Y la presencia de Jenks y su banda, aunque éste es un problema que quizá hoy mismo se solucione.

—Abuelo… —dijo Paula tímidamente—. ¿Puedo llamarte así?

—Claro, muchacha —sonrió Mardon—. ¿Qué quieres?

—Mi padre nunca me explicó claramente qué había pasado contigo. Tal vez no lo quería o acaso esperaba a que pasaran más… ¿Qué sucedió, exactamente?

—Es muy sencillo. En uno de los viajes, vine aquí con mi esposa. El planeta nos gustó y solicitamos que se nos adjudicara en propiedad. Entonces, se desconocía todavía la existencia de seres inteligentes y no tuve inconvenientes en conseguir lo que quería. Luego, ella y yo nos amoldamos a la vida en Mardonia, pero los hijos querían vivir en otra parte y se fueron marchando. Me presionaron muchas veces para que abandonase Mardonia y yo jamás quise hacerles caso. Al fin, llegamos a una solución de compromiso para que pudieran aprovecharse de los bienes que habíamos dejado en la Tierra: conseguimos una declaración de muerte legal. Naturalmente, había hecho testamento y eso solucionó todas las cosas.

—Y así, hasta nuestros días, como dicen los tratados de historia —sonrió Potter.

—Exacto, muchacho.

—¿Qué fue de la abuela? Porque yo he leído el árbol genealógico de

la familia y sé que no se llamaba Tana —intervino Paula.

—Murió hace treinta y cinco años, todavía en plena juventud. Mardonia se parece mucho a la Tierra, incluso en las tormentas con rayos. Una chispa eléctrica la mató instantáneamente.

—Lo siento, abuelo.

—Me quedé solo, en efecto —suspiró Mardon—. Pero cinco años más tarde, una astronave se estrelló contra el suelo, a causa de una falsa maniobra y sólo hubo una superviviente, la doctora Tana Lohr. Pude curar sus heridas y cuando sanó, decidió quedarse a mi lado

—Y no tengo motivos para arrepentirme de mi decisión —dijo la aludida sonriendo—. Me gusta esta vida, es sencilla, primitiva, higiénica… y, como ha dicho antes John, contamos con la «psicom» para prolongar la existencia.

—Es curioso —observó Potter—. En la Tierra parece que pierde sus virtudes y provoca efectos radicalmente opuestos.

—La hierba sólo se puede ingerir sin riesgos aquí. Y, aun así, se necesitan al menos diez años para la acomodación del metabolismo —explicó Tana—. Fuera de Mardonia, la «psicom» pierde muchas de sus virtudes y, en cambio, adquiere propiedades nada agradables, aunque de momento guste mucho.

—Eso ya lo entiendo —convino el joven—. Sin embargo me parece extraordinario que hayan podido entenderse con los nativos.

—Son amables y pacíficos por naturaleza, pero también muy tímidos y reticentes a conceder su amistad. A mí me costó largos años encontrar la forma de entenderme con ellos —dijo Mardon.

—¿Cómo lo consigues, abuelo? —preguntó Paula—. Nosotros lo intentamos y no pudimos…

Mardon sonrió, mientras enseñaba un tubito de madera muy pulida, que pendía de su cuello por un cordel de fibra.

—Ultrasonidos —contestó—. Yo los emito mediante esta especie de flauta que ellos mismos me construyeron. A los nativos, ciertamente, no les hace falta; tienen los órganos del oído y de la fonación adaptados por naturaleza para comunicarse de esa forma

Potter frunció el ceño.

—Su color epidérmico tiene un alto grado de mimetismo —dijo—. Apostaría algo a que alguno de los nativos estaba escondido entre la hierba, dirigiendo el tiro de las catapultas.

—Eres un chico listo —rió Mardon—. Sí, y hay unos cuantos, esparcidos por la llanura, vigilando a esos granujas. Si notan peligro,

nos advertirán de inmediato.

—¿Cree que intentarán atacarnos? —preguntó Potter.

—Están molidos y por ahora con apenas el ánimo suficiente para sobrevivir. ¡De todas formas, pronto tendremos que enfrentarnos con ellos de nuevo!

—¿Habrá más batallas? —dijo Paula, aprensiva.

—No aquí, sino en el tribunal de Kjegstrom.

—Ah, estás enterado…

—Hace algún tiempo, vino un oficial de justicia de la capital del Sistema a interrogarme. Claro que yo no puedo hacer nada, no debemos olvidar que legalmente estoy muerto. Y Tana es la esposa de un «difunto».

—Con muchas energías todavía —rió la doctora alegremente.

—No me puedo quejar —admitió Mardon—. Y, sinceramente, no cambiaría esta vida por la de mayor lujo de toda la galaxia.

—Sobre todo, si se tiene en cuenta la «psicom» —sonrió Potter.

—Vivimos pacíficamente, lejos de las gentes, entregados a nuestros trabajos, sencillos pero que nos proporcionan lo suficiente para nuestra existencia y sin envidiar a nadie. —Tana se señaló a sí misma—. Pese a mi formación científica, yo era una mujer muy aficionada a los trapos. Ahora, esto que llevo me estorba enormemente.

—Pues quítatelos, mujer —exclamó Mardon—. Bueno, la verdad es que sólo por atención a los huéspedes, nos hemos vestido un poco. Lo normal es que vayamos desnudos en todo momento.

Paula enrojeció.

—No sé si yo me atrevería…

Potter no quiso decir que ya la había visto desnuda. Había cosas que sólo competían a los interesados, pensó.

—Ya te acostumbrarás —dijo Tana—. Es decir, si piensas quedarte a vivir en Mardonia.

—¿Podría? —preguntó la muchacha.

—¿Por qué no? —rio Mardon—. El planeta es tuyo…

—Pero los nativos…

—Los nativos me hicieron donación absoluta de Mardonia, en ceremonia solemne, y renunciaron a cualquier derecho que tuvieran sobre el planeta, a excepción de una especie de veto sobre posibles habitantes. Hasta ahora, sin embargo, no han hecho uso de ese veto.

—Y yo vendí Mardonia a ese pirata de Jenks —dijo la muchacha

pesarosamente.

—No tuviste la culpa —contestó Tana, que ya conocía la historia—. Además, ganarás el pleito cuando se celebre el juicio en Kjegstrom.

—Ojalá sea como dices —suspiró Paula.

—Te dije que lo ganaríamos —insistió Potter—, Y tendrás ocasión de comprobarlo cuando estemos en el tribunal. Pero ahora me gustaría hablar de otra cosa. Señor Mardon…

—Llámame John, muchacho; aquí sobran los tratamientos —sonrió el aludido.

—Bien, John, cuénteme algunas cosas de los nativos. ¿Cómo viven? ¿De qué se alimentan? Aparte de su aspecto, ¿son humanos?

—Viven de la «psicom» principalmente, aunque no desdeñan el pescado y los frutos que crecen por todas partes, bueno, aquí, no; en la región donde habitan corrientemente. En cambio, la carne les desagrada, si bien, por fortuna nuestra, no se oponen a que matemos de cuando en cuando un pavo o un cordero. En cuanto a otros aspectos fisiológicos… bueno, son más o menos como nosotros, salvo la epidermis. A los veinte años de su nacimiento, ya pueden procrear y en los diez años siguientes, tienen un promedio de tres a cuatro retoños y después cesa toda capacidad productora, aunque, desde luego, pueden vivir hasta ciento cincuenta años. En cuanto a la piel, es de «vestido» orgánico, que les sirve de protección no solamente contra los agentes externos, sino contra las miradas curiosas. Pueden quitársela, pero lo hacen cuando están a solas y, generalmente, con poca luz o en la oscuridad. Naturalmente, cuando tienen una pareja al lado del sexo opuesto… quiero decir, la esposa o el marido, también se la quitan, lógicamente.

—Pero hacer eso varias veces al día, para las distintas funciones fisiológicas, debe de resultar una tremenda incomodidad —supuso Paula.

—Solo una vez al día —contestó Mardon significativamente—. Para todo. Y tienen más que suficiente.

—Estarán acostumbrados, porque ya nacen así —dijo Potter—. Pero hablando de todo, la existencia de nativos introduce un factor nuevo en el pleito. ¿No necesitaremos algunos testigos en el juicio?

—Ellos no consentirán en abandonar Mardonia por nada del mundo. En este asunto, tú y Paula os las tendréis que arreglar solos. Aunque espero una sentencia favorable, lógicamente.

—Y, ¿cuándo se celebrará el juicio? —preguntó la joven.

Mardon señaló un punto en el cielo.

—Creo que muy pronto tendremos la respuesta —dijo, señalando hacia la astronave que ya descendía hacia la tierra.

* * *

El oficial vestía sencillamente y, en el lado izquierdo de su casaca, llevaba un gran sello de oro, símbolo de su cargo. En la mano izquierda tenía un rollo de papel, sujeto con una cinta roja, sellada asimismo en oro.

—¿Quién de ustedes es Paula Mardon? —preguntó.

La muchacha se puso en pie.

—Soy yo —declaró.

—Me llamo Agvor Ildon, oficial de justicia del Tribunal Supremo de Kjegstrom. En nombre de Sus Señorías, los jueces, le conmino a que se presente ante la sala de juicios número cuatro, el día séptimo del mes cuarto, calendario de Kjegstrom, a las diez en punto de la mañana. La incomparecencia será motivo de grave delito, que acarrearía severas penas para el infractor.

Ildon le entregó la notificación. Paula asintió.

—Estaré allí, en la fecha y hora ordenada por Sus Señorías —aseguró.

Potter adelantó un paso.

—Oficial, ¿puedo preguntarle si piensa entregar una notificación semejante a la parte demandada?

—A eso he venido —respondió Ildon escuetamente.

—Quizá el demandante se niegue…

—No podrá.

En aquellas dos palabras había una autoridad que era imposible desconocer. Ildon saludó cortésmente y se marchó.

Una hora más tarde, repetía la misma ceremonia. Cuando la nave de Ildon hubo despegado del suelo, Itahi torció el gesto.

—Lo tenemos muy mal, jefe —dijo.

—Contraté al mejor abogado de la Tierra para una eventualidad semejante —respondió Jenks—. Pero incluso si el honorable Ward Reiner Sweetwater fallase, tengo yo preparado un as en la manga, que me haría ganar la partida.

CAPÍTULO XII

Los oscuros mármoles de la sala de justicia refulgían como gemas de dimensiones colosales. El estrado de los jueces era una enorme mesa de mármol, sostenida por doce gruesas patas del mismo material, con forma de columnas de estilo dórico. Había bancos para el público y mesas para los abogados de los litigantes.

El público, sin embargo, era prácticamente inexistente. Aparte de los guardias y de los ujieres, sólo estaban en la sala Potter, la muchacha y el abogado de ésta. Lincoln Paxton. En la mesa opuesta se hallaban Jenks, Itahi y el abogado Sweetwater. Los restantes miembros de la banda quedaban un poco más atrás, en uno de los bancos destinados al público.

De pronto, se abrió una puerta lateral. Siete hombres, todos ellos ataviados con largas túnicas de color morado, con orlas blancas y doradas, desfilaron hasta situarse tras el estrado. Un ujier había ordenado que todo el mundo se pusiera en pie. Cuando los jueces se sentaron, clamó:

—Comienza el juicio por la propiedad del planeta llamado Mardonia, en el Tribunal Supremo de Kjegstrom. Preside el Esplendoroso juez Harlo Brattax.

El ujier se sentó. Brattax hizo un leve ademán.

—El demandante puede iniciar la exposición de sus alegatos —dijo.

Paxton se puso en pie.

—Con el permiso de Sus Señorías. En nombre de mi cliente. Paula Mardon, de la Tierra, demando le sea otorgada formalmente la posesión del planeta Mardonia y le sean conferidos los títulos de propiedad adecuados, títulos de los que fue desposeída por medios ilegales. En el momento oportuno, demostraré la veracidad de mis argumentos. Gracias. Señorías.

Brattax se volvió hacia la otra mesa.

—El demandado puede hablar.

Sweetwater se incorporó. Era un hombre alto, delgado, de rostro inteligente. Potter supo en el acto que conocía los más intrincados recovecos de la ley, pero, también, era hombre con un cierto fondo de honradez, que no se prestaría a determinadas maniobras de su cliente.

—Agradezco a Sus Señorías la benevolencia que muestran hacia mi cliente, al permitirle defender su causa —dijo—. Ruego al Esplendoroso Tribunal se sirva rechazar la demanda planteada, ya que el planeta Mardonia pertenece legítimamente a mi cliente. Thomas Michael Jenks. Y, como prueba de mis afirmaciones, presentaré ante ese tribunal los documentos de compraventa, debidamente firmados ante testigos por la demandante, como anterior dueña de Mardonia, y mi cliente, actual propietario. Esos documentos, firmados, como digo ante testigos, fueron protocolizados y legalizados en la Tierra, y el acto de compraventa, según las leyes galácticas, tiene plena vigencia en cualquier planeta. Por tanto, insisto en que fue una operación perfectamente legítima y que la demandante carece absolutamente de razón para reclamar algo que ya no es suyo.

Había en la mesa un impresionante legajo de documentos. Sweetwater lo cogió y se lo entregó a un ujier. Brattax asintió.

—Examinaremos la documentación y emitiremos el fallo —dijo—. ¿Tiene la demandante algo más que añadir, por boca de su abogado?

Paxton se levantó nuevamente.

—Señorías, dije antes que mi cliente había sido desposeída de su propiedad por métodos ilegales. No niego la existencia de un contrato en regla: lo que si sostengo es que se emplearon ciertas artimañas para conseguir que accediera a los deseos del «comprador».

—¿Puede el abogado indicar qué clase de tretas utilizó el comprador para violentar la voluntad de la demandante? —preguntó Brattax—. Porque, de sus palabras, parece deducirse que la demandante vendió en contra de sus deseos.

—En cierto modo, no es así, Señorías. Ella quería vender y, según el contrato, vendió por cierta suma. Pero inmediatamente le hicieron firmar un contrato de inversión de toda la suma supuestamente recibida por la venta de Mardonia, en una compañía que se había formado para explotar las riquezas de dicho planeta.

Sweetwater volvió a ponerse en pie.

—Insisto en que fue una operación perfectamente legal. Ningún

tribunal de registro, en ningún planeta, habría admitido el cambio de inscripción, como propietario, de haber surgido la más mínima duda en cuanto a la legalidad de los documentos. En el «dossier» que he entregado para el examen de Sus Señorías, figura la declaración, ante un juez pertinente, del notario que estuvo presente en la operación, que la autorizó y que no advirtió la menor irregularidad en el acto de compraventa.

—El demandante tiene, la palabra, antes de ordenar la suspensión del juicio, para poder estudiar los documentos y dictar sentencia —dijo Brattax.

—Gracias, Señorías —intervino Paxton—. Para probar las declaraciones de mi cliente, rogaré a ese Esplendoroso Tribunal el permiso necesario a fin de realizar una prueba que demostrará concluyentemente que ella firmó los documentos en un estado anormal, en el que su mente estaba poseída por la de otra persona.

—¿Bajo hipnosis, quiere decir el abogado? —preguntó el juez.

—En efecto, Señorías.

—¡Rechazo terminantemente la imputación! —exclamó Sweetwater.

—Probaré cuanto he dicho —siguió Paxton, impasible—. En la actualidad, los adelantos neurológicos han llegado al extremo de permitir que se hagan electroencefalogramas de una persona no sólo en el momento actual, sino retrocediendo en el tiempo cuantas fechas se deseen, años, incluso. Las leyes no me permiten solicitar que se haga dicha operación con el actual e ilegal propietario de Mardonia, puesto que figura como acusado y tiene derecho a negarse a esa prueba. Pero mi cliente es acusadora y ella si está dispuesta a someterse a la prueba del electroencefalograma de tiempo ilimitado.

»Señorías, los estudios neurológicos han llegado en la actualidad a un grado de virtuosismo y eficiencia inigualables. Hoy se puede saber con exactitud el estado del cerebro de un paciente de cincuenta años, cuando sólo tenía dos, por ejemplo. Un neurólogo medianamente experto, y no dudo de que Sus Señorías sabrán designar los médicos adecuados al caso, puede identificar, en las gráficas de ese E.E.G., la clase de actividad sostenida por el cerebro de mi cliente no sólo en el instante de su examen, sino en cualquier fecha que se desee, a partir de la de su nacimiento.

»En la actualidad, se puede saber perfectamente si la persona fue sometida o no a hipnosis, bien por medios naturales, como la influencia de la mente de otra persona, o bien por métodos artificiales, drogas, por

ejemplo. Las experiencias realizadas son ya incontables y de una fiabilidad absoluta, tanto como las huellas dactilares lo son para la identificación de una persona. Es más, el electroencefalograma puede mostrar, con diferencia de minutos, la hora en que el paciente recibió influencias ajenas a su voluntad; y cuando esa prueba haya sido realizada en mi paciente, se sabrá, sin lugar a dudas, que el día veintidós de marzo de mil novecientos setenta y dos, calendario terrestre, hacia las nueve de la noche, fue sometida a secuestro de su voluntad, por la acción de una droga hipnótica. Son la fecha y hora que constan en el contrato de compraventa —concluyó Paxton.

Un profundo silencio gravitó sobre la sala. Los jueces parecieron considerar el discurso del abogado. Sweetwater aparecía con las facciones contraídas.

De pronto, se volvió hacia Jenks.

—Es usted un cerdo —silabeó.

Jenks no se inmutó.

—Le pago para que me defienda…

—Cuando tiene un mínimo de razón —cortó Sweetwater—. Pero ahora no la tiene y no quiero comprometer mi reputación. —Bruscamente, se volvió hacia el estrado—. Señorías, renuncio a la defensa del demandado —anunció.

Potter sonrió. Era un golpe que Jenks no se esperaba. Le miró y vio una expresión de furia infinita en su rostro.

—El demandado, sin duda, querrá defenderse por sí mismo —dijo Brattax—. Naturalmente, este tribunal acepta la prueba solicitada por la demandante. ¿Tiene algo que alegar, señor Jenks?

De nuevo se hizo el silencio. Potter espiaba atentamente las menores reacciones del pelirrojo. «¿Guarda algún as en la manga?», pensó, muy preocupado.

De súbito, Jenks se puso en pie.

—Sí, Señorías, tengo algo que alegar —exclamó. Sacó una cajita negra, semejante a un paquete de cigarrillos y la levantó, para que todo el inundo la viera sin dificultad—. Lo que tengo que decir es que ese tribunal va a dictar inmediatamente sentencia a mi favor, con un añadido en el que se me declarará no seré perseguido ni ahora ni nunca por mis acciones. De lo contrario, apretaré el botón de este aparato de control remoto… ¡y siete cañones vomitarán otros; tantos proyectiles explosivos contra cada uno de los jueces que componen este Tribunal!

* * *

Paula se puso una mano en la boca para no lanzar un grito de asombro. Potter por su parte, frunció el ceño.

La audacia de Jenks alcanzaba límites increíbles. Jamás se hubiera imaginado que fuese capaz de hacer una cosa semejante.

Desvergonzadamente. Jenks se echó a reír.

—El hombre es igual, aquí o en la Tierra o en cualquier otro planeta. Nunca faltan los tipos acomodaticios, capaces de cualquier cosa por unos cuantos millares de U.G.M. Por supuesto, no diré el nombre de mi «colaborador»; siempre soy leal a los que me ayudan. Pero los siete cañones están preparados y pueden matarles a ustedes siete en menos que canta un gallo.

Potter empezó a pensar en la forma de arrebatar a Jenks la caja de control. Pero el pulgar del pelirrojo estaba apoyado sobre el botón de disparo y supo que no llegaría a tiempo de evitar las siete mortíferas descargas.

Ninguno de los jueces, sin embargo, dio muestras de intranquilidad. La voz de Brattax no expresaba al hablar la menor emoción:

—¿Ha terminado ya, señor Jenks? —preguntó.

—Sí, Excelencia —contestó el pelirrojo burlonamente—. ¿Qué, hay o no hay trato?

Brattax hizo un gesto con la mano. Inmediatamente, se abrió una puerta lateral y dos hombres entraron en la sala, arrastrando el cuerpo de otro, de cuya boca se escapaban sordos gemidos.

Jenks se puso lívido. Potter contuvo una exclamación de asombro.

—El señor Jenks —dijo Brattax—, debiera saber, que, antes de precederse a un juicio, este tribunal tiene por costumbre iniciar una discreta investigación de los litigantes, investigación que se realiza al margen de las normas oficiales, pero que, sin embargo, es un acto perfectamente legal. Por dicho motivo, llegarnos a conocer los antecedentes suyos, señor Jenks y, en consecuencia, obramos para evitar cualquier contratiempo que sus actos pudieran producirnos. Sus cañones, debo añadir, han sido inutilizados y sirven solamente para recuerdo de un loco que intentó obtener una sentencia injusta en este tribunal. El traidor habló y así supimos todo cuanto necesitábamos.

—No, no es posible… —Jenks hablaba a borbotones—. Sólo… sólo era una… una broma…

—La justicia nunca puede ser objeto de bromas —replicó el

presidente del tribunal—. Y nadie, tampoco, puede desviarla por medios violentos. Por tanto, señor Jenks, le aconsejo deje inmediatamente esa caja de control y se entregue a los guardias, a fin de ser sometido a juicio ordinario, por intento de asesinato. Otro tribunal le juzgará y, créame, se le aplicará una sentencia justa.

—¡No! —aulló Jenks, fuera de sí—. ¡Antes os enviaré al infierno…!

De pronto, presionó el botón.

Un chorrito de luz brotó de la caja y alcanzó directamente su pecho. Jenks se estremeció violentamente.

—Le ordené dejar la caja de control —dijo Brattax significativamente—. No la inutilizamos, sino que la modificamos.

Jenks lo comprendió demasiado tarde. Quiso decir algo, pero las rodillas se le doblaron bruscamente y cayó al pie de la mesa, fulminado por la descarga de luz sólida que había brotado de su propio artefacto.

—Los miembros de la organización de Jenks serán detenidos en custodia hasta el momento de su expulsión de Kjegstrom —sentenció Brattax—. En cuanto a la demandante, y a reserva de la prueba solicitada, se le reconoce provisionalmente la propiedad de Mardonia. La sesión ha terminado.

Todos se pusieron en pie. Sweetwater lanzó una mirada al inanimado cuerpo de Jenks.

Meneó la cabeza.

—Pirata, tenías que acabar así —dijo, a guisa de oración fúnebre.

Potter agarró la mano de la muchacha.

—A tu tatarabuelo y a Tana les gustará conocer el desenlace del caso —sonrió.

Ella le dirigió una mirada intensa.

—Ricky, ¿quieres convertirte en copropietario de Mardonia? —ofreció.

* * *

Algunas semanas más tarde, junto al fuego donde se asaba un pavo, Potter dijo algo sorprendente.

Estaban Mardon y Tana, Paula se hallaba a su lado, con la cabeza apoyada en el pecho. Vestían con un mínimo de prendas y, hasta aquel momento, habían disfrutado de una felicidad sin límites.

—Siento mucho lo que tengo que decir, pero creo que no me queda otro remedio —manifestó Potter—. No quisiera herir a nadie y menos a

Paula, pero… En fin, pienso volverme a la Tierra.

Paula se sobresaltó. Mardon le miró inquisitivamente.

—¿Qué te pasa, muchacho?

—Seré franco con todos, y más con Paula. Yo… bien, he tardado algunos días en tomar esta decisión, pero creo que no puedo retrasarlo más de lo indispensable. Cuando llegue la próxima nave con suministros, me marcharé. Paula, a ti no puedo obligarte. Quédate, si es tu deseo.

—Pero, ¿por qué? —se extrañó la joven—. Creí que me amabas, que te gusta Mardonia…

—Te amo y Mardonia me gusta, pero, aunque parezca inconcebible, no siento demasiado interés por esta clase de vida. Ya sé, una existencia fácil, sin problemas, casi en estado primitivo, en un planeta donde abunda de todo y aún habrá más cosas en el futuro… pero, por raro que suene, añoro la Tierra, la civilización, mi trabajo… No digo que, de cuando en cuando, no me guste venir aquí y pasar algunas semanas de vacaciones… Por supuesto, y Paula lo sabe muy bien, nunca fui amigo de una civilización absolutamente mecánica. Gracias a ello, sobrevivimos sin dificultad, cuando Jenks nos destruyó la nave. Pero, insisto, la vida en estas condiciones se me haría monótona al principio y exasperante después. Es lo que siento y creo mi deber declararlo con toda franqueza.

Mardon asintió.

—Te comprendo, muchacho, y si crees que eso es lo que te conviene, hazlo —dijo.

—Pero, ¿por qué, Ricky? —exclamo Paula acongojada—. Aquí no tenemos que preocuparnos de nada…

—Quizá me faltan algunas preocupaciones para ser completamente feliz —contestó él sonriendo.

—La vida se prolonga aquí extraordinariamente. Fíjate en el abuelo…

—Una vida demasiado larga en un lugar al que acabaría por odiar resultaría para mí un infierno.

—Creo que tienes razón —intervino Tana—. Si eso es lo que sientes, no vaciles en marcharte.

—¿Y yo? —clamó la joven—. El me ama y yo le amo…

—Paula, si le quieres de veras, le seguirás, dondequiera que vaya —dijo Tana—. Yo llegué aquí hace treinta años y me enamoré de John Philip y esta vida me gusta; pero si él hubiese decidido marcharse a otra

parte, yo le habría seguido sin vacilar.

La joven calló un momento. Su pecho se hinchó un par de veces y luego trató de ocultar su decepción.

—Me había hecho tantas ilusiones…

—No tendrás ilusiones lejos de él, hija —murmuró Mardon.

Paula se volvió hacia el joven.

—¿Estás decidido, Ricky?

—Sí, pero no te obligaré…

Ella sonrió.

—No me obligarás. Iré contigo… porque ya no podría vivir separada de ti —declaró ardientemente.

FIN